



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 22 Enero 1914.-Número 4.

SUCURSAL
Rivadavia, 1.255
BUENOS AIRES

UN GRAN ESCANDALO CLERICAL

**El padre guardián del Convento de la Recoleta de Sucre,
rapta una niña de dieciocho años, que era su confesanda
Roba 32.000 bolivianos del Convento, en oro
La pareja se fugaba á la República Argentina
LA POLICIA DE POTOSI DESCUBRE EL HECHO**

El relato que sigue está copiado del número 240 del periódico *El Norte*, correspondiente al primero de Diciembre del año último y que se publica en la ciudad de la Paz (Bolivia).

«Potosí, Noviembre 29.-(Telegrama). La activa policía de seguridad de esta plaza, acaba de descubrir un hecho sensacional que es objeto de los más vivos comentarios.

El padre guardián del convento de la Recoleta de Sucre, raptó á una niña menor de edad, Dolores Lora, despachándola con dirección á ésta, á donde llegó él enseguida.

Avisada la policía, impidió la fuga de la pareja, que tenía ya contratado un arriero para la Quiaca.

El reverendo padre recoleto fué conducido á la policía, donde se le ha tomado la indagatoria, cuyos detalles estoy procurando conseguir para transmitirlos á *El Norte*.

Se me asegura en este momento que el reverendo padre sustrajo una respetable suma de dinero para costear los gastos de viaje y de permanencia en la República Argentina.

La policía de esta ciudad, con laudable celo, se ocupa de practicar todas las investigaciones del caso sobre el casten de sotana, que después de prestar su indagatoria fué recluido en el convento de franciscanos bajo la garantía del guardián.

La joven Dolores Lora no puede tener más de dieciocho años y era hija de confesión del raptor. Atendía la tienda comercial de su madre y se dedicaba á las prácticas religiosas, que llegó á perfeccionar bajo tan hábil dirección.

Sucre, Noviembre 29.-(Telegrama). Es motivo de ardientes comentarios en esta capital un gravísimo suceso que

provoca la actividad de las policías de Sucre y Potosí.

Trátase de la fuga del fraile franciscano Ignacio Maydagán, guardián del convento de la Recoleta, llevándose treinta mil bolivianos de fondos de la comunidad y raptando á la menor Dolores Lora. Telegramas de Potosí avisan la captura del raptor, quien confesó sus delitos, entregando á la policía de aquella ciudad diez y ocho mil bolivianos.

Los fiscales de ambas ciudades toman parte en el esclarecimiento de todos los detalles del asunto.

La madre de la menor raptada, que responde al nombre de Mercedes Flores, está dando, en este momento, importantes detalles á la Policía de Seguridad.

Se comprende la gravedad del hecho y de la sensación que produce en este vecindario, teniendo en cuenta que los padres recoletos son confesores de casi la totalidad de las señoras y señoritas de esta sociedad, habiendo sido hasta ahora, muy apreciados y respetados en los altos círculos sociales.

Llama la atención que los reverendos padres de esta ciudad hubiesen dejado viajar tranquilamente al hermano Maydagán llevándose tanto dinero, sin iniciar acción ninguna contra él.

OTROS DETALLES

INTERESANTES

SEIS MESES DE RELACIONES AMOROSAS

Potosí 29.—Acabo de obtener nuevos detalles del *affaire* Maydagán-Lora, cuya veracidad puede *El Norte* garantizar plenamente.

Fray Ignacio de Maydagán, guardián de la Recoleta de Sucre, de la orden franciscana, hace seis meses que mantenía relaciones amorosas con la menor Dolores Lora, que era su hija de confesión.

Esta muchacha era lo que aquí se llama «una beatita», y en Sucre tenía olor de santidad por la frecuencia con que la confesaba el padre Ignacio, el santo, el implacable, el justo y buen padre Maydagán.

CUANDO OCURRIÓ EL RAPTO

EL P. MAYDAGAN SEGUÍA VISITANDO LA CASA Y CONSOLANDO A LA MADRE DE DOLORES.

Los datos del proceso manifiestan que fué el domingo 23 del corriente mes de Noviembre cuando el P. Maydagán obligó á Dolores á dejar la casa materna y viajar á esta ciudad de Potosí, con el nombre de *María López*.

La niña salió de Sucre en la carretera del miércoles 26.

Entre tanto, el P. Maydagán tuvo la sangre fría suficiente para seguir visitando todos los días á la familia Lora y dar consuelos á la pobre madre de Dolores, que desesperada lloraba la repentina desaparición de su hija, que muy tranquilamente esperaba al fraile en Potosí.

EN POTOSÍ

CONTRATAN UN ARRIERO.—DEBÍAN SALIR PARA LA QUIACA A LAS 4 DE LA MAÑANA.

Llegó Dolores á Potosí por la carretera sin novedad alguna y tomó alojamiento en el «Hotel Splendid», donde llamó la atención por no ir acompañada de persona alguna.

Fray Ignacio llegó el jueves por la tarde y se alojó en el convento de San Francisco.

Mediante unos emisarios del convento, supo la joven la llegada del galán, y se dice que se dirigió al convento á pedir auxilios religiosos. Es el caso que, de acuerdo, fué contratado un arriero para la Quiaca, y la pareja feliz debía partir

de esta ciudad, hoy, sábado 29, á las cuatro de la madrugada.

EL PADRE MALZIEU VIAJÓ CON MAYDAGAN

En la carretera que llegó el jueves por la tarde y en la que vino Maydagán, vino también el R. P. jesuita Próspero Malzieu, cuya declaración no ha sido recibida aún para saber si ha tomado ó no cartas en este asunto.

EN SUCRE NO SE SABIA NADA...

Como la familia Lora guardó completa reserva sobre la desaparición de Dolores, por consejos del mismo Maydagán, á fin, dice, de que las malas lenguas no hiciesen pasto del honor sagrado de esa niña; y como Maydagán obtuvo licencia mediante certificado médico que le prescribió baños tibios en Sucre, nadie sabía nada. Todo habría salido conforme á los planes del terrible franciscano, si la policía de Potosí que cuenta con detectives de primer orden y con un jefe de admirable olfato, no hubiesen seguido la pista de la muchacha, que gastaba dinero por mayor sin regatear jamás y excusaba presentarse en público.

EL PADRE MAYDAGAN LO CONFIESA TODO

Sorprendido ayer el padre Ignacio, por un severo é intempestivo interrogatorio del jefe de investigaciones de la policía, todo lo confesó.

Dijo que era evidente que estaba fugado con la menor Dolores Lora, fuera de la república. Que había él seducido á ésta muchacha en el confesonario, abusando de su carácter sacerdotal. Que había sustraído la suma de treinta y dos mil bolivianos en oro del convento de franciscanos de Sucre para gastos de viaje y permanencia en la Argentina en compañía del «bien amado».

REQUISA DE LA POLICÍA

PRENDAS ÍNTIMAS DE MUJER EN LA MALETA

DE FRAY IGNACIO...

Inmediatamente de la confesión del padre Maydagán, la policía procedió á requisar el equipaje, que se encontraba en el convento.

En una maleta encontró seiscientas cincuenta libras esterlinas.

Y encontró otra cosa más pintoresca: encontró prendas íntimas de vestir, de mujer... De la misma maleta recogió un traje para hombre.

Parte del dinero lo había entregado ya á los franciscanos de Potosí el padre Maydagán.

UN RECIBO

Preguntado el padre Maydagán por la policía, qué había hecho del resto del dinero que sustrajo de Sucre, presentó un recibo por once mil bolivianos, firmado por el guardián del convento de franciscanos de esta ciudad, en presencia del subjefe de policía.

Pero como faltase aún, dijo haber hecho ya otra entrega anterior al mismo

guardián, de doce mil bolivianos; entrega que negó dicho guardián.

CAPTURA DEL GUARDIAN DEL CONVENTO DE POTOSÍ

En la indagatoria prestada por el padre Maydagán y la negativa del guardián del convento en ésta, de haber recibido dinero, la policía, á requerimiento fiscal, capturó á este último, conminándole á entregar los veintitres mil bolivianos que había recibido, mientras se tramita el juicio, en el que se esclarecerá la complicidad en que el convento de ésta y su guardián hayan podido incurrir.

El raptor declaró que los fondos sustraídos provenían de las reservas del convento, en oro sellado...

ASPECTO DE FRAY MAYDAGAN

Fray Ignacio de Maydagán es, lo que se llama un buen mozo. Alto, repartido, de fisonomía simpática, buena presencia y trato afable. Debe tener alrededor de cuarenta años.

Cuando la policía le comunicó la orden de prisión y le intimó á dirigirse al edificio de la policía, se quitó los hábitos y se encaminó vestido de seglar.

El traje de seglar le viene muy bien y le da mejor aspecto que los hábitos.

Me dicen que se manifiesta arrepentido y está encerrado en un mutismo absoluto, después de haber prestado su indagatoria.

ASPECTO DE DOLORES LORA

La señorita Dolores Lora es de pequeña estatura, morena, regordeta, de toscas facciones, de ojos negros muy perspicaces.

Le pregunté cuántos años cuenta y me respondió con una sonrisa: «soy mayor de edad»... Su aspecto no revela más de dieciocho años.

Es hermana del que fué Dr. Severo Lora, que acaba de ser asesinado en Oruro por su propio hijo.

LO QUE DIJO DE LOS RECOLETOS

Estoy informado de que en su indagatoria, Dolores Lora hizo revelaciones comprometedoras para los padres recoletos de Sucre en general, cuyas habilidades parece conocer muy de cerca y muy á fondo, gracias á la intimidad en que vivió con ellos y especialmente con el reverendísimo guardián.

CÓMO FUÉ DESPEDIDO DE SUCRE EL REVERENDO MAYDAGAN

Avisan de Sucre, que respetables personas y numerosísimas beatas despidieron al padre Maydagán en medio de sollozos, implorando á la Divina Providencia porque los baños le sienten bien, y vuelva sano y salvo á sacrificarse por su amada grey.

LA ACCIÓN DE LAS AUTORIDADES

Tanto las autoridades policíarías cuanto el Fiscal de Partido y el señor Agente Fiscal se han conducido atinada y plausiblemente, trabajando toda la noche de ayer.

Arrojo ese crimen más, cometido por

un hombre de Iglesia, á la cara de todos los que dicen que no hay moral sin religión.

El problema religioso visto por un prebendado

En una revista ilustrada popular ha publicado un artículo sobre este manoseado tema D. Luis Calpena, que pasa por ser el clérigo más culto y de mejor tono de la Corte, sirviéndole de cruz el retrato, y de sello la firma del autor.

En el escrito, el P. Calpena nos viene con aires de gran filósofo y de majestuoso estadista, para explicarnos el «carácter fundamental de la libertad verdadera», contra lo que dicen los partidos avanzados y anticlericales.

Habla de «irritante obsesión» y de «manía anticlerical»: intenta desengañar á los que hacen arma política del «odio á la Iglesia», convenciéndoles de que la libertad sin la religión, es «libertad que camina por lodazales inmundos» y «se convierte en meretriz... falta del pudor, que está en el sentimiento religioso.

Y nos dice:

«Sabedlo: contra el desmedido avance de las izquierdas (habla del avance que se dió en 1909 fusilando al Nuncio), las derechas, en la hora presente (1.º de Enero de 1914) se agrupan, están ya agrupadas en organización admirable, formando inexpugnable bloque para dar la batalla decisiva (¡el angel exterminador!) contra el anticlericalismo.»

¡Adios, MOTIN de nuestras entretelas! Lectores nuestros, ¡abur! ¡Hasta la horca!

El bloque inexpugnable, formidable y espantable de las derechas, va á venir contra las izquierdas á hacer picadillo de cada uno de nosotros. Capitán general, D. Luis Calpena.

¡Quién había de sospechar que á estas alturas el Padre Luis nos saliese hecho un arengador de requetés y un azuzador de cervistas! ¡El, tan fino, tan elegante, tan bien quisto del público y tan mimado de la prensa liberal!...

¡El, tan modoso y compuesto!... ¡El, viniendo á hacer de pregonero de la terrible sentencia dictada contra nuestras vidas, ya que no puedan alcanzar nuestras haciendas, por habénoslas birlado antes!

Pero, en fin: hay que someterse á la realidad.

Y yo, antes de catar la terrible cuchilla de las Derechas, me dejo convencer por el P. Calpena de que la única libertad decente es la que da la religión de que él cobra y cuyo uniforme ostenta: á saber: la de sus hermanos Torquemada, Domingo de Guzmán, Arbués y Paterina. ¡Esa es libertad, vive Dios!

Porque, como dice muy bien Calpena: «El despotismo—ha dicho Tocqueville... —¡Fijarse bien: es Tocqueville quien le

dice: no es un cualquiera! Y que ese señor dijo tal, lo sabe de cierto el P. Calpena, sacerdote y apóstol de Tocqueville.

Dijo, pues, ese famoso sabio de universal renombre y de indiscutible autoridad, que «el despotismo puede prescindir de la fe, pero no la libertad».

¡Miren ustedes si es maravilloso el descubrimiento, cuando precisamente todo el mundo, incluso Tocqueville y Calpena, creían lo contrario!...

Es decir, que creeríamos todos que los grandes despotas habían sido grandísimos religiosos. Desde Loyola a Nerón: desde Maura a Demócrito...

Y pregunta sabiamente Calpena, con su sabio maestro:

«¿Qué hacer de un pueblo dueño de él mismo, si no está sometido a Dios?»

¡Claro... claro!...

Ahora yo pregunto a Calpena:

¿Cómo va a ser dueño de sí mismo un pueblo sometido a un Dios?... Porque si está sometido, no será dueño.

Lo cual es lo mismo que preguntar: ¿qué haremos de un pueblo cuyos sacerdotes más sabios se hallan tan faltos de sínderesis?

Pues además de saber lo que enseñó Torquevilla, Calpena sabe lo que enseñó Polibio. ¡Caracoles con Calpena!...

En vez de hablar de Cristo, de Salomón o de Moisés, nos trae a Polibio y a Tocqueville.

Pero, en fin, allá él con su nueva Biblia. Veamos lo que dijo Polibio:

«Una democracia es un Estado en el que vive la religión...»

¡Vela, inocentes lectores, lo que es la democracia! Para que un Estado sea democrático, es preciso que sea clerical. Más claro, ni el agua.

Mas... el P. Calpena no nos dice lo que es la religión según Tocqueville y según Aristóteles, que son dos sabios del orden de los que él cita y que acabo de descubrir ahora, para poderme echar de erudito.

¡Que va a ganarme a mí el P. Calpena en eso de citar nombres, si tengo el Petit Larousse a la mano!...

Dicen, pues, mis sabios:

«La religión es un Estado en que no vive ni Dios, ni Cristo, ni más gente que el clero que lo administra.»

«En él no hay moral, ni libertad, ni vergüenza, ni pudor: no hay más que religión.»

¿Qué tal, P. Calpena? No me negará que las frasecitas han salido mejores que las suyas.

Más cosas ha dicho el nuevo filósofo.

Esta por ejemplo:

«Lo que el pudor a la mujer, es la religión a la libertad. Mujer sin pudor es mujer en donde el vicio, el desprecio, la burla y el escarnio de los hombres imponen sus huellas oscuras.» Ya sé quien le ha dicho esto a Calpena. El Gato de Huesca.

El cual con su miao miao dió mila-

grosamente la razón a Calpena. A saber: Por ser España la nación más religiosa, es la más respetada de Europa, la más libre, la más moralizada. ¡Como que pagamos a moralistas como Calpena!...

Dice también que en España no existe el problema clerical.

¿No, eh?

Será para el señor Calpena, que es de los que llevan mejor tajadilla del festín. Para el pueblo, que es la oveja muerta, pareceme que no sólo existe el problema clerical, sino el problema de ver adelfos clericales en revistas que aspiran a ser extrañas al problema que se discute.

¡Si cabrá mayor clericalismo!...

Ya está avanzando hasta ahí el bloque de las Derechas.

Pero todo lo que ha dicho Calpena, significa esto:

«Yo vivo y medro del clericalismo. Para mí el problema fuera que no hubiese clericalismo. El clericalismo es mi religión, mi libertad, mi pudor, mi moral y mi sueldo. Lo demás, música...»

R. MAYOL

El general Polavieja

Ha muerto repentinamente.

Al leer la noticia, pensé en Rizal.

Por más esfuerzos que parte de la prensa ha hecho para presentarlo como un hombre de mérito excepcional, no lo he conseguido.

Para mí tenía un mérito grande; el que admiro siempre, hasta en mis enemigos: el de haber partido de abajo y alcanzado la altura.

Pero ha venido *La Correspondencia de España* a quitárselo, diciendo que descendía de aristócratas; que la muerte de su madre, posterior a la de su padre acompañada de reveses de fortuna, lo decidieron a suspender sus estudios para el ingreso en la escuela de Estado Mayor y a tentar plaza de soldado.

Yo sabía que Polavieja era hijo de un modesto teniente de Carabineros, quien al fallecer dejó a su viuda en la más horrible miseria (lo cual prueba su honradez); y que entonces él, hijo cariñoso y bueno, trabajó como cajista de imprenta en Vitoria para mantenerla, hasta que más tarde sentó plaza en el regimiento de Navarra. Este era para mí mérito más alto y abolego más aristocrático que descender de cien generaciones de duques;

«Que es noble quien nace esclavo y baja al sepulcro rey.»

Pero sin duda ha habido alguien interesado en empujarse la figura militar de Polavieja, y le ha adjudicado una genealogía que permite suponer que debió a ella su elevación.

Polavieja cajista, trabajando para su madre, y Polavieja soldado subiendo uno a uno los peldaños de la carrera militar hasta llegar al último, podía hacernos olvidar a ratos al Polavieja general, fusilando al más ilustre de los tagales.

Polavieja, descendiente de tantas familias linajudas, nos induce a pensar que en aquel fusilamiento acaso influyera el espíritu de clase y el deseo de complacer a los frailes filipinos, no el interés de velar por el honor de España.

Flaquezas humanas, vanidad de vanidades, y un hombre menos en la lista de los que se elevan por su propio esfuerzo, y uno más en la de las afortunadas medianías, para quien la Historia no guardará otro recuerdo que el del fusilamiento de Rizal y los de Rojas, Luna, y otros enemigos del predominio de las Ordenes Religiosas en el Archipiélago filipino.

Postdata

No me he equivocado. En el Ayuntamiento madrileño se ha hablado el viernes 9 del corriente de la mortalidad, y de la mortalidad se habló en la visita que hicieron al jefe del Estado los tenientes alcaldes, presididos por el señor alcalde primero.

Un edil se ha asustado de la mucha gente que muere de viruela, y con tal motivo aludió a las malas condiciones higiénicas de ciertas casas.

Otro edil, tendero según dicen, pidió que no se den noticias alarmantes porque se espantan los forasteros y no entran perras en el cajón.

El jefe del Estado, según los diarios, preguntó también a «cuántos estábamos de mortalidad.»

Y el señor alcalde hizo saber guapamente que la mortalidad disminuía...

Muy bien; quiere decir que tiene razón mi amigo y compañero y paisano «honorable» Antonio Casero: Lo que Madrid necesita es alegría. Y no espantar al forastero, como ha dicho muy bien ese digno señor representante del honrado comercio.

No me he equivocado; pero ¡más nos valiera «estar duermes»!

En serio.

Amigo Morayta: A un concejal novato no le está mal eso de la viruela y de las habitaciones insalubres; un *reincidente*, como usted, no sólo no tiene derecho a esas socorridas «diversiones», sino que debe abordar claramente el problema... que va a quedarse sin abordar por las trazas.

Señor Alcalde: es verdad que tomando periodos largos, la mortalidad ha disminuido, pero sobre que el descenso de 1910 se interrumpe y se trueca en crecimiento, en estadística hay que comprar, que establecer relaciones.

Si comparamos las cifras de 1900 que el Dr. Pulido, un sanitario por cierto, da en su libro *Sanidad pública en España* con las de la *Estadística Demográfica de 1910* para las poblaciones que cité en mi artículo el número pasado, y con el *Avance de 1913* para Madrid, resulta en aquellas un decrecimiento anual de mortalidad de 2,9 por 100 y en Madrid de 1,6 solamente. Pues bien, para que Madrid

alcance las proporciones de mortalidad por mil de esas ciudades, la disminución debió ser de 4,0 por 1.000 cada año. ¡Es lo que tienen los números, excelentísimo señor!

Un alcalde de mogollón, puede salir del paso con esa semiverdad ó vulgaridad que dicen los periódicos que usted ha dicho en las altas esferas y en el Concejo; un señor que es sociólogo y tal, no, no y no.

Y al comerciante ese que pide silencio, hay que gritarle una gran verdad, y es que el día que en Madrid haya la misma relación que en las poblaciones que citó entre el salario y el precio de los mantenimientos, Madrid será una de las grandes poblaciones del planeta de menor mortalidad, porque positivamente es de las más salubres...

Gracias que el día menos pensado, según ha hecho saber el alcalde, «dará de sí» la famosa, épica é infame Junta de Subsistencias, entre otras cosas una moción relativa al pan, obra del mismo señor alcalde nada menos.

Por cierto que la esperamos con ansia, primero por el estrépito de que viene precedida, segundo por curiosidad científica. Nos interesa tanto como un folletín ó como la solución de un rompecabezas saber cómo puede abarataarse sensiblemente el precio del pan sin tocar al arancel de aduanas.

En suma; que nos hemos llevado chasco en eso de que la mortalidad iba á asustar mucho al Concejo, pero como ahora se van á exteriorizar los estudios y mociones de la «inédita» Junta de Subsistencias—que no lleva funcionando más que unos dos años—y todo es uno y lo mismo, pues lo de la reducción en un 4 por 100 anual de la mortalidad, es cosa hecha.

Y á todo esto, ¿qué hacen mis correligionarios? Porque ¡cuidado que la campaña podía ser fecunda, simpática y también demoledora y subversiva! ¿Será posible que unos revolucionarios «se anden» también con esas *lilailas* del abandono, la incuria, la falta de higiene, el atraso, etc., etc., cuando el problema no puede estar más claro?

Otra cosa. Este artículo es *postdata* al del número anterior, titulado «¡De hambre!»; pero no es el último. Insistiré ¡ya lo creo!—, incluso porque el problema de Madrid es el de España toda.

J. J. MORATO

Un ruego

Unos ciento seis ó ciento ocho obreros de la barriada del Puente de Segovia, fundaron hace cuatro años una escuela, que han venido sosteniendo á costa de muchos sacrificios, sin encontrar el apoyo que merecían entre los que han descubierto que el mejor camino para que venga la República es celebrar banquetes, ó mítins en que la revolución se anuncie á son de trompeta, ó lanzar

amenazas que jamás se cumplen, ó acudir á elecciones para encumbrar personajes que á lo mejor resultan naturales de Lilibut.

Esos obreros habrían oído una y mil veces ponderar las ventajas de la educación laica para formar hombres libres de prejuicios, y se dijeron: «Aunque apenas ganamos para vivir mal, creemos una escuela para que se eduquen en ella nuestros hijos, y ya nos ayudarán á sostenerla los que nos han imbuido tan salvadora idea.» Y la fundaron, y efectivamente, no encontraron la ayuda que esperaban.

Y hoy se encuentran solos, sin fuerzas ya para resistir el empuje avasallador del clericalismo, que los tiene sitiados con cuatro ó cinco escuelas católicas, y viendo con pena inmensa cercano el día en que tengan que cerrar la suya por serle imposible sostenerla por más tiempo; y teniendo que optar por uno de estos extremos: ó dejar sin educación á ciento y pico de niños, ó enviarlos á donde les enseñen que uno es tres y tres es uno.

Me hago socio de esa escuela, como lo soy de otras, y ruego á mis correligionarios que no formen en la plana mayor de los que toman el republicanismo por oficio, que ayuden con lo que puedan á los abnegados obreros que en la barriada del Puente de Segovia vienen sosteniendo á costa de tantos sacrificios esa escuela laica.

EL QUEMADERO

Ayer fueron destruidos en el quemadero municipal más de cien kilos de carne y otros tantos de pescado que se hallaban en malas condiciones para el consumo.

¡El quemadero! ¡Qué visiones de grandeza y de gloria no despierta esta palabra en la fantasía de todo español puro y neto! ¡Qué visiones!

Primero es la solemne procesión; el estandarte verde de la fe llevado entre cirios y partesanas por un grande de España; buen golpe de robustos dominicos rezando por lo bajo temerosos respuestas; el rebaño de los condenados, vestido de la hoga simbólica de diablos y llamas.

Luego la plaza Mayor, vistosamente engalanada para la fiesta; las tribunas elevadas para los santos inquisidores; los balcones adornados de brillantes colgaduras; formado el concurso por la flor de la hermosura y de la gallardía, y el rey católico presidiendo el acto, rodeado de toda su corte.

Y, en fin, allá en las afueras, cerca de una de las puertas que dan acceso á la villa, un recinto circundado por centinelas, una gran pira de leña seca, los cuerpos de los herejes sujetos sobre la pira, el humo que se eleva, la llama que surge, el cuerpo humano que se retuerce en espantosas convulsiones, el alarido que arranca un suplicio sin nombre, el olor de la carne que arde, el chisporroteo del brasero que lentamente se consume, mientras la plebe devota, llena de ham-

bre y de fe, pulula en torno, mal contenida por los cintarazos de los esbirros, acompañando con dicharachos y cuchufletas los tormentos y la agonía de los supliciados.

¡Ah! ¡Aquello sí que era serio! ¡Aquello sí que era grandel!

Y ahora, ¡qué decadencia! No es el cuidado de las almas el que inspira á la autoridad, sino la solicitud por los intereses percederos de la salud del vecindario. No es el Santo Oficio quien juzga y condena, sino un teniente de alcaldía celoso á intervalos. No son el rey y la corte y los grandes y las damas y el pueblo todo los que concurren al acto, sino unos cuantos dependientes subalternos del municipio. No es la herejía en persona la que se quema en la hoguera; sino un poco de carne averiada ó de pescado descompuesto. Del quemadero de antaño al quemadero de ahora va toda la distancia que separa la grande España del pasado de la pequeña del presente.

Poco importaba á nuestros antepasados comer porquería. Sabían ellos que el cuerpo frágil y corruptible, envoltura mortal del alma que no muere, no merece atención ni cuidados. Hasta el aseo era por aquel entonces sospechoso, y el olor á limpieza distaba mucho del olor á santidad. Por eso el microbio se cebaba cruelmente en aquellas generaciones místicas. ¡Ah!; pero en cambio, ¡qué celo, qué ardor cuando se trataba de la limpieza del alma! ¡Qué minuciosa solicitud para espurgar la conciencia ajena! ¡Qué implacable energía para destruir los focos de la peste herética y evitar la propagación y el contagio!

Ahora es lo contrario. Se teme más á la tentación que al error, y más á la triquiná que al pecado. Se emplea el fuego purificador en aniquilar el germen morboso que amenaza la salud del cuerpo. Hombres *ad hoc*, provistos de microscopios y reactivos, examinan manjares y bebidas en busca del microorganismo patógeno ó de la sofisticación nociva. Y en tanto la ponzoña moral circula libremente, la atmósfera se carga de herejías, la epidemia del descreimiento cunde y se propaga entre las almas, y no hay en toda la haz de la Península una mala fogata de sarmientos en que tostar á un ateo.

Por dicha, mal tan hondo no puede ser duradero. Escrito está que no prevalecerán las puertas del infierno. Ya el propio liberalismo, espantado de su obra, comienza á perseguir las ideas. El alto espíritu de Torquemada late siempre en el fondo de nuestro glorioso pasado y se apresta al combate. Esperemos, que no ha de transcurrir mucho tiempo sin que podamos contemplar beatamente la llama purificadora devorando cuerpos de herejes en vez de emplearse en reducir á cenizas sardinas putrefactas ó chorizos de jumento. Aquel día la patria volverá á ser grande... á su modo.

ALFREDO

Un cura á un quinto:

«Hijo mío, no te quepa duda alguna:

todo escritor que aconseje á un soldado obedecer á sus jefes adtes que á su párrico, es antimilitarista.

Suscripción para el entierro de D. Luis Pardo

Suma anterior.....	150'00
José Alius (Málaga).....	5'00
Andrés Vázquez (idem).....	5'00
Pedro Lojo (Navalcarnero)...	2'00
Celestino Galindo (Madrid)...	0'50
Antonio Alonso (id).....	0'50
José Conde (id).....	5'00
Emilio García Grediaga, Juan Rebato, Julián Ramos. (Todos de Aranjuez).....	2'00
Ramón Morales (Madrid).....	5'00
D. Santiago Martínez, 2'00.—	
Jesús Martínez, 1'00.—	
Victor Metola, 0'50.—	
Mariano Martínez, 1'00.—	
Nicolás S. Bretón, 0'30	
Rafael Saiz, 0'25.—	
Demetrio Sebastián, 0'25.—	
Gregorio Vargas, 0'25.—	
Pedro Mandrona, 0'25.—	
Jesús Uriarte, 0'25.—	
Benjamín Boadilla, 0'25.—	
Francisco Vargas, 0'25.—	
Genaro Muñoz, 0'70.—	
Braulio Otero, 0'25.—	
Venancio Herrero, 0'25.—	
E. Venez, 0'25.—	
Felipe Arizaga, 0'25.—	
Luis Arnal, 0'25. (Todos de la Juventud Republicana de Bilbao).....	3'50
Adolfo Mestre y Canale (La Estrella).....	5'00
Juan A. Fandiño (Oviedo)...	7'00
José García Fernández (Coruña).....	5'00
TOTAL.....	200'50
El entierro costó.....	148'50
RESTAN.....	052'00

Pesetas que serán entregadas á doña Berta Blanchard, para que mitigue algún tanto el dolor de la pérdida de su esposo con esa inesperada fortuna que se le ha entrado por las puertas; que los duelos con pan son menos.

¡Qué vergüenza para el partido, qué vergüenza!

¡Y qué imbécil yo, qué imbécil!

¡Pues no había pensado que en cuanto se enterasen los jefes y jefecillos de la muerte de un militar de los sublevados por la causa republicana, acudirían á honrarse á sí mismos contribuyendo á que se colocase siquiera sobre su sepulcro una lápida que recordara lo que hizo, á fin de que figurase entre los hombres ilustres enterrados en el cementerio civil un representante de los que por la República expusieron la libertad y la vida, y perdieron carrera honrosa y porvenir seguro?

Pero, nada; me he equivocado una vez más. Esta maldita propensión mía á no

colocarme nunca dentro de la realidad, me hace creer unas veces que los republicanos van á unirse desinteresadamente cual si no hubiera elecciones en medio siglo; otras, que el Pueblo derribará y escupirá al fin sus ídolos; algunas, que quizás vea yo implantada la República; y otros absurdos de este jaez.

Por esto he incurrido ahora en el de suponer que, al enterarse de la muerte del teniente Pardo los jefes y jefecillos, harían algo que los absolviera en parte del abandono en que durante su enfermedad lo han tenido.

No todos; hay que ser justos. Concejal hubo que, al anunciarse hace un año que Pardo estaba enfermo de gravedad, se desprendió nada menos que de una peseta, y fué tan modesto, que no alardeó de generoso. Hay excepciones en todo.

No dejo de reconocer también que el partido republicano es pobre, y que no puede hacer cuanto quisiera. Por eso, cuando trata de festejar á un jefe revolucionario con un banquete, sólo se atreve á fijar el precio del cubierto en treinta pesetas, como el que se dió en la Rabasada (Barcelona). ¡Una miseria!

Pero sin embargo de reconocer esto, creo que ha debido en esta ocasión desprenderse cada jefe y jefecillo de cinco céntimos, para quedar como quien son, y que España hubiera exclamado admirada:

«¡Qué hombres! ¡No reparan en sacrificios cuando de cumplir con su deber se trata! ¡Estos me salvarán!»

Y como son tantos en número, quizá la viuda de Pardo hubiera podido reunir la cantidad suficiente para comprar una escarpa y un cordel de poco precio, por si acaso.

Interrumpo aquí este artículo, por que siento unas arcadas que no sé si son de asco, y voy á ver si las contengo leyendo la prensa de hoy, para enterarme de cuántos banquetes se celebrarán durante la semana próxima.

Hecho elocuente

El País publica hoy el siguiente suelto:

«Ayer falleció uno de los héroes de la sublevación de Badajoz de 1883, el entonces teniente de caballería, D. Luis Pardo García.

Enfermo y pobre venía batallando obscuramente contra la miseria y la muerte.

Ayer murió. Bien se le puede decir al que tanto sufrió, el consabido: ¡Descanse en paz!

Ingratos hemos sido todos ó casi todos con quien por la República perdió su carrera y expuso su vida. Por ahí anda el venerable Patricio Calleja en circunstancias parecidas.

¡Qué triste es todo esto!

Sí, muy triste, y además constituye una vergüenza para los que, embaucando al Sr. Pardo y á sus amigos, le comprometieron en aquella desdichada aventura, desatentada, loca, que se desvan-

ció en seguida, pero causando la desgracia de unos cuantos ilusos que creían en la República y tenían fe en sus hombres.

Uno tras otro van cayendo todos ellos al peso de la edad y de las desgracias; todos, con excepciones contadísimas, en la miseria, después de arrastrar una vida de privaciones, dejando á sus familias en la imposibilidad de costearles el entierro.

Y esto mientras los prohombres del republicanismo, los que les sugestionaron, los que medraron á su costa, viven tranquilos y felices, rodeados de comodidades, gozando las cuantiosas rentas de un bufete hecho á la sombra de su posición política, ó pactando con los enemigos de los que en otro tiempo fueron sus ideales.

Han pasado ya, por fortuna, han pasado para no volver aquellos tiempos en que el Ejército se dejaba embaucar por los políticos y escuchaba sus cantos de sirena. El Ejército ha dejado de ser menor de edad, y comprendió hace muchos años que en ese juego peligroso á que se entregaba movido por sus grandes amores á la libertad y al derecho, él era sólo quien se arriesgaba, él era sólo también quien perdía. Cada uno de los movimientos revolucionarios en que vertía su sangre, le costó la pérdida de un privilegio, de una inmunidad. Se jugaba su reputación, la vida de sus individuos, y sobre los cuerpos de éstos se elevaban los políticos, que se presentaban á la hora de las recompensas. Para éstos las altas posiciones, los negocios lucrativos, las actas, las carteras, los grandes sueldos, las gratificaciones cuantiosas. Y para los militares que todo lo habían hecho, el desdén cuando no la hostilidad de aquellos mismos que todo se lo debían. Hoy mismo la corriente antimilitarista es de los políticos y, sin embargo, á no haber sido por el Ejército, muchos de los que hoy le denigran y escarnecen no habrían salido á luz, y en el país imperaría un régimen de opresión que ellos no hubieran tenido fuerzas ni valor para romper.

Sí; tiene razón El País. El caso de ese pobre teniente Pardo, cuya familia, apenas él muerto, se ve obligada á tender la mano para pedir á la caridad que costee la humilde sepultura que ha de guardar sus restos, ese caso es muy triste.

Pero venciendo la tristeza que causa, y aun cuando, lo repetimos, los tiempos son otros y no hay miedo de que vuelvan á reproducirse ciertos hechos, debemos ocuparnos de él, debemos mostrarle á todos, porque es de una grande, de una terrible ejemplaridad. Y con él á la vista, podemos exclamar:

—He aquí un hombre que en la flor de su juventud dió á su ideal republicano todo cuanto podía darle. Arriergó su vida, su libertad, y le sacrificó con todo eso su carrera que era, por lo visto, su único medio de vivir. ¿Qué ha hecho en cambio por él el partido republicano? ¿Qué han hecho sus prohombres? Ni siquiera por caridad le pusieron en condi-

ciones de ganarse la vida y la de su familia.

Verdaderamente los hechos tienen una elocuencia á que no llegan jamás los más portentosos oradores.

El Ejército Español.

Cuatro ó cinco veces he tomado la pluma para refutar las afirmaciones de ese artículo, y la he soltado sin hacerlo. Todo lo que se me ocurría era de fácil réplica. Y yo, siempre que escribo, pienso en lo que podrá contestárseme, y no me aventuro á estampar conceptos que me sea difícil explicar, ni á emplear argumentos que pueda el contrario fácilmente rebatir.

Por esto sin duda no encuentro razones que oponer á los hechos sentados en ese artículo, y me limito á escuchar con la vista baja esos juicios, esos cargos, esas acusaciones, por más que á mí particularmente no me alcancen; que hemos llegado á unos tiempos en que los republicanos de abajo tenemos que suplir con nuestros sonrojos las desaprensiones (yo también uso enfemismos) de los que la idolatría popular mantiene arriba.

Algo consolador

He recibido en el correo de ayer domingo la siguiente carta, firmada por el director de *El Guerrillero* periódico de Figueras:

Sr. D. José Nakens:

Respetable compañero y amigo:

Con pena he visto en la situación lamentable que murió Luis Pardo García, ex teniente de caballería sublevado. No hay duda que estos hechos de censurable abandono influyen más en el ánimo de aquellos hombres dispuestos al sacrificio que otros cualquiera. Hallo justas sus notas de ironía que deberían avergonzar á los pudientes republicanos, como así la medida urgente tomada por usted para sufragar los gastos del entierro.

Siguiendo su ejemplo, abro en mi humilde periódico una suscripción, persuadido que obtendré algo de los buenos amigos á quien voy á escribir rogándoles contribuyan á una obra tan digna como justa, cuyo importe remitiré á usted para que lo entregue á la viuda.

Ordene á su compañero amigo y correccionario respetuoso y s. s. q. b. s. m.

B. JUVÉLLS

Un apretón de manos, querido compañero, en nombre de todo lo que está muy por encima de los egoísmos y las miserias en que se agita hace tiempo el partido republicano.

Días de nieve

Ha caído en gran abundancia sobre Madrid, interrumpiendo la circulación de coches y carros.

Las desgracias producidas por caídas en la calle han sido muchas.

Varios hambrientos y desnudos han

aprovechado la ocasión para dimitir el cargo de la existencia.

Los hospitales están llenos.

Los asilos ajustándose al frío reglamentos para admitir desventurados.

Los conventos cerrados á piedra y lodo.

Y hombres inteligentes afirmando que no hay moral sin religión.

Y ni la nieve se quita de las calles, ni la dureza se liquida en los corazones, ni la mentira se deshace de los cerebros.

Si no nos alentase la esperanza de que la gran escoba de la Justicia barrerá tarde ó temprano tanta podredumbre, sería un suplicio la vida.

El freno religioso

Otro crimen, perpetrado por un cura católico, ha sido descubierto en Italia.

El criminal se llama Michelacci Rubens di Serafino, cuenta 32 años, era párroco de Torri, en la comuna de Sambuca Pistolese, y tenía como ama y sirviente á una muchacha fornida, de 22 años, llamada Agia Giffrelli.

Meses después de hacer vida común, los feligreses vieron lo que su malicioso instinto les había hecho prever, lo que comprobaron más tarde al fijarse en el cambio que en el físico del ama se había operado.

Las habillitas y murmuraciones comenzaron, y un día en la puerta de la casa del cura aparecieron clavados unos cartelitos que decían: «¡A Torri é nato il Papa! (En Torri ha nacido el Papa).»

Poco después y en connivencia con su ama, el sacerdote suprimió la criatura por medio del fuego. La autoridad judicial encontró los restos del crimen.

En este hecho se ve patente la influencia benéfica que la religión ejerce en las acciones del hombre.

Si el freno religioso, ese sacerdote no se hubiera contentado con quemar al niño: se lo hubiera comido antropófagicamente al percibir su olfato las primeras emanaciones del asado.

Luego está en lo cierto el aspirante á obispo, hoy presbítero Calpeña, al decir que sin religión no hay moral.

Sevillanas

Ayer asistí en clase de oyeate á una conferencia en el Círculo Reformista y perdí unos minutos oyendo hablar á uno de los charlatanes del partido.

Si discurso, vano como la idea que engendró el Reformismo, fué una serie no interrumpida de lugares comunes y de falsos latiguillos.

«Al hablar del obscurantismo, dijo: que entenebrece nuestros espíritus; y que el Reformismo lo haría fracasar predisponiendo esos espíritus para el estudio de la ciencia.» «Para la consecución de este fin

—prosiguió, el orador—la Monarquía, á la que nos asociaremos en el momento oportuno, nos prestará su decidido concurso...

O son muy vivos ó son unos grandes mentecatos estos hombres del Reformismo.

Yo no conozco en España otro obscurantismo que no sea el que propagan los sacerdotes del culto católico entre el pueblo, y ese debe de ser sin duda el obscurantismo á que aludió el orador en su conferencia.

Pues bien: la Monarquía, nunca, nunca irá contra la Iglesia. La causa de ésta exsolidaria con la de los reyes.

Ignoro si la Iglesia podría sobrevivir á la derrota de la Monarquía; lo que está fuera de duda es que la Monarquía jamás podrá vivir sin la Iglesia.

Los gobiernos monárquicos tienen esplendidamente retribuido al clero, á cambio de que éste mantenga al pueblo en la más completa ignorancia; base firmísima sobre la que se asientan los tronos.

Insensato sería el que creyera que la Monarquía iba á socabarse ella misma este cimiento formidable.

La Monarquía, aunque otra cosa quiera aparentar, aborrece por natural todo cuanto tiende á ilustrar al pueblo, así como presta su decidido concurso á toda clase de factores encargados de precipitar al pueblo en las tinieblas de la superstición y del fanatismo. Por eso le da treinta mil duros de sueldo anual á un obispo al paso que á un maestro de escuela le arroja la piltrafa de seiscientos pesetas, que es lo mismo que condenarlo á morir de hambre.

La destrucción del fanatismo; el faro que ha de proyectar la luz parisiense de la verdad sobre la conciencia del pueblo, vendrá; vendrá seguramente, ya comienza á proyectarse; pero no del lado del partido Reformista, compuesto en su mayoría de transfugas del campo republicano, sino del esfuerzo de los hombres de buena voluntad que posponen las mercedes que pueda concederles la monarquía á los intereses sacratísimos de la Patria.

Desertar, como han hecho los Reformistas, de las filas del pueblo, abandonando la causa de los débiles, no es solamente hacer traición á la República: es traicionar á la misma naturaleza.

Vayan enhorabuena los que nunca sintieron en su corazón el fuego del verdadero ideal republicano; la monarquía pagará su traición, proligándoles el oro, satisfará sus ansias de poder; algunos alcanzarán los altos puestos que ambicionan; se encunbrarán, sí, pero sobre la execración de los hombres honrados.

Váyanse, váyanse, á formar parte de esa Monarquía Democrática (sic) de que ellos tanto alardean y á cuya espina se van ya aficionando.

Después de todo, las palabras Monarquía y Democracia, rivales entre sí, pueden soldarse con oro: lo que si me parece difícil es encontrar en la alquimia moral del pueblo, un metal que pueda bu-

namente unir las palabras Reformismo y decoro...

E. GIMÉNEZ MONROY

12-1-14.

ETICA REPUBLICANA

El nuevo Ayuntamiento

Socialistas y bizkaitarras unidos.—
Contra los republicanos.—Conservadores, liberales y carlistas, solos.—
Se consumó la alianza.—Merienda de negros.—Veto ridículo.—La consecuencia republicana.—Ellos y nosotros.

Como presumíamos, la unión escandalosa de socialistas y bizkaitarras para el reparto de varas se consumó el miércoles último.

La hoja de parra puesta con objeto de cubrir una indignidad ha sido el reparto equitativo. Los socialistas se han cubierto de gloria. Ellos, enemigos acérrimos del partido nacionalista, hicieron dejación de sus ideas uniéndose con los enemigos de ayer. Ya lograron su anhelo Perezagua, Acevedo y los que le siguen. Ya tienen cargos representativos en el Concejo. Pueden, pues, entonar el *hosanna* por su elección, que disfrutarán gracias al contubernio asqueroso amasado con los nacionalistas.

Su consecuencia claudicó ante la ambición de unas varas. Que les aprovechen, para bien de los suyos... y de los otros.

En cambio de esta conducta observada por socialistas y bizkaitarras, los republicanos, consecuentes con su criterio de votar á las izquierdas, emitieron sus votos en la misma forma que publicamos en el último número.

Griten cuanto quieran, escriban sendos artículos, peroren en las asambleas pretendiendo convencer á la opinión de que la fórmula socialista era de equidad y justicia.

Nada más erróneo, más falso é hipócrita que toda esa palabrería hija de una hábil maniobra urdida y amasada en escritorios á espaldas del partido, aunque quieran demostrar lo contrario.

No lograrán convencer á la opinión sana y honrada que integra los partidos populares, pues ésta había dado ya el fallo sin equivocarse en los juicios emitidos.

Pruebas de una conjunción de ambos partidos, cegados por el egoísmo, tenemos las, y las exponemos á la consideración pública en el hecho siguiente. Hacían los socialistas y nacionalistas hincapié en el tan cacareado reparto equitativo. Y según los primeros, no transigían por otra fórmula que la por ellos propuesta.

Pero como no es lo mismo hablar que tener razón, celebróse la votación y votan primera, cuarta, séptima y novena vara para los nacionalistas. Estos votaron en blanco respecto á los republicanos.

¿Dónde está la equidad? ¿Dónde el desinterés? ¿Por qué regla de tres ó matemáticas euskaras han de tener por derecho cuatro varas los nacionalistas, dos los republicanos y dos los socialistas votando una tenencia en blanco? ¿Es que, según vuestra teoría de justicia y equidad, á las restantes minorías no les pertenece nada en reparto?

Lo razonable, lo lógico, lo legal, señaras liados, hubiera sido, según el común sen-

tir proporcional: primera vara, bizkaitarra; segunda, republicano; tercera, socialista; cuarta; quinta y sexta, á conservadores, carlistas y liberales. Quedaban tres varas que podían corresponder una á cada uno de los tres primeros partidos, pues la primera vale en proporción más que ninguna y sucesivamente las dos restantes.

Decimos que los republicanos, de entrar en componendas y no haber mantenido la unión de las izquierdas, se hubieran conformado con el reparto expuesto sin excluir á ninguna minoría. Todos los concejales pertenecen á determinados partidos; éstos, en buena armonía, deben tener representación oficial, ó vara. Si así no se hace cométese un atropello, una arbitrariedad que únicamente está inculpada por el dualismo entre los partidos políticos que forman el Municipio.

Y en este caso concreto, único, disputanse los puestos preeminentes los afines en ideales para obtener el mayor número, predominando por mayoría.

No conocemos otros procedimientos que los apuntados. ¿Existen? Los republicanos, en justa reciprocidad con la conducta observada por las derechas hace dos años, despojando á las izquierdas de las varas, votaron consecuentemente contra esas derechas.

Tuvieron el valor cívico, la nobleza de manifestarlo públicamente. De los enemigos, nada. Con los afines inteligencia, concordia, ayuda mutua en favor de la democracia.

Compárese uno y otro proceder. Los republicanos ofreciendo su cooperación, que es rechazada por los socialistas poniendo por pretexto el acuerdo del partido. Negándose á parlamentar sino era bajo la base de la unión nacionalista.

Arguyen que no teníamos razón, y para tratar sobre la proposición de nuestra minoría viéronse obligados á celebrar dos asambleas y tres reuniones los concejales socialistas.

En esas asambleas, en esas reuniones, acentuóse la desunión, combatiendo la alianza socialista bizkaitarra, acusando de vendidos á ciertos personajes que manejan indebidamente el socialismo vizcaíno. Triunfó la astucia, la insidia, merced á trabajos de zapa y á que los íntegros, asqueados al ver perfidias y traiciones, hacen el vacío, dejando que hagan y mangoneen cuatro frescos seguidos de panaguados agradecidos.

Gracias á un puñado de socialistas que supieron salir en defensa de su credo, de su partido, éste no recibirá la culpa bochornosa. En el mismo Ayuntamiento el señor Laiseca (don Rufino), con una lealtad y franqueza que le honra, se negaba á votar con los vizcainos, acusando á Perezagua de ser autor de tan miserable y ruin merienda de negros.

Bien, señor Laiseca, bien. Usted tiene conciencia socialista y dignidad personal. ¿Y qué hemos de decir del voto impuesto á nuestro amigo y correligionario señor Coterillo, en una asamblea socialista á la que concurrieron sesenta y cinco afiliados? ¿Con qué derecho pretenden juzgar á un concejal que no pertenece á su partido y al que nuestra Junta municipal dió un voto de confianza?

Ciertas intromisiones son ridículas, máxime si, como en este caso, no hubo delito que juzgar.

Desátanse envidias, invéntanse calumnias, buscáanse futesas justificativas de odios y rencores. Ardid burdo, descubier-

to por la torpeza é incultura de quienes pretenden encumbrarse. Conocemos su juego y no nos sorprende nada de cuanto hagan.

Sepan una vez más que, consecuentes siempre con las ideas republicanas, jamás transigiremos con la falsía, el engaño y la ambición.

Nosotros somos nosotros.

El Combate

Bilbao.

Cosas de ellos

En las iglesias de Madrid han hecho una colecta varias damas, á beneficio de las víctimas de la guerra de Africa.

Y á pesar de ser ellas quien la hicieron, parroquia hubo, como la de San Millán, en que se recaudaron 26 pesetas. En la iglesia del Purísimo Corazón de María, se reunieron hasta 6 pesetas 20 céntimos.

Pero lo más conmovedor del caso, es que hubo ofertas de *boquilla*, por cuanto varios periódicos han publicado este recordatorio:

«La Junta central agradecerá á los señores párrocos ó á las señoras que hayan dirigido la colecta en las parroquias, que aún no han remitido las cantidades obtenidas, que lo hagan á la mayor brevedad posible á casa de la tesorera (Carrera de San Jerónimo, 38), para poder cuanto antes hacer el resumen de todo lo recaudado.»

Nunca, con más oportunidad y exactitud que ahora, pudo aplicarse la conocida frase, «poca lana y entre zarzas.»

Lo que pido de todas veras al cielo, es que no haya motivo para recordar en esta ocasión lo de, «sardina que lleva el gato nunca vuelve al garabato», por que hubiere entre los donantes remisos algunos que fueran partidarios del, «tuyo ó ajeno, nunca vayas sin dinero.»

Aunque bien mirado, la cosa no tendría gran importancia, dado lo escaso de la recaudación, por aquello de, «para poca salud, ninguna.»

Sin que yo quiera decir con esto, que no haya entre los católicos muchos y fervorosos partidarios de la socorrida máxima: «la caridad bien ordenada debe empezar por uno mismo.»

CALENDARIO DEL OBRERO

Está ya en venta el correspondiente á 1914, superior al de años anteriores, puesto que inserta ilustraciones.

Su precio, no obstante las mejoras, continúa siendo de 15 céntimos ejemplar.

Pedidos á F. Peña Cruz. Pizarro, 16, imprenta, Madrid.

EL MOTIN



Recibimiento que sueñan hacer los curas y frailes carlistas á los judíos, si viniesen á España.

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior	6155'43
Cándido Hernández (Gijón)...	5'00
Francisco Vitaller (Zaragoza)...	2'75
Varios republicanos (Herrer- ra).....	5'00
Esteban Soler, Eduardo Sote- ras, Domingo Soler. (Todos de Buenos Aires).....	10'75
José Margales, (Capsanes)...	2'85
Gabino Gómez Fernández (Santander).....	5'00
D. R. (Melilla).....	2'00
F. R. (idem).....	2'00
Juan A. Fandiño (Oviedo)....	3'00
Casino Republicano, Alberique	5'80

Suma y sigue..... 6199'58

Un cura castizo

El tipo clásico del cura de aldea, dominante, lascivo, corruptor, embaucador, arrampla herencias, iracundo, y manejador del fusil para meter el resuello en el cuerpo a sus ovejas, siempre que conviene a sus intereses, es tan general en la Iglesia católica, que se da en todos los países y latitudes que cubre el pontificado romano con su manto *paternal*. Pero estas bellas prendas, por disposición especial de la Providencia que vela por el prestigio de la Santa Iglesia, no se dan todas juntas en un mismo individuo con mucha frecuencia, aunque de vez en cuando surja algún caso típico, como el de un famoso cura napolitano que estos días ha dado un escandalazo terrible y materia abundante a la crónica escandalosa de los diarios avanzados, pues los demás, ya se sabe, no dicen esta boca es mía, aun cuando el clérigo cometa las mayores monstruosidades.

D. José Bartone, párroco de San Cipriano de Averra (Nápoles) es un cura joven, robusto, bien comido y mejor bebido, y por tanto muy dado a la dirección espiritual de las mujeres, y a la conquista de los corazones femeniles, en lo que se dió tal maña, que las jovencitas de la aldea fueron cayendo en sus garras de tal modo, que el buen cura se alzaba con los más bellos palmitos, con gran escándalo de las familias y rabia de los mozos, que por lo visto no reunían los atractivos poderosos del cura.

Un día fué sorprendido en sacrilego idillio en el confesonario con una joven penitente; pero su aventura más sonada han sido sus amores con Josefina Amosete, lindo pimpollo, cuyo hermano ha jurado matar al cura.

Después de las ovejillas, las cajas de caudales y los testamentos. En la aldea residía un rico señor llamado Gines Dia-

na, que tenía hecho testamento en favor de sus sobrinos; pero el buen cura le convenció de que habiendo curas en el mundo, el acordarse de la familia es un disparate, y le obligó a hacer un nuevo testamento dejándole a él toda su fortuna; pero no sin que el cura tuviera un rasgo de generosidad, pues permitió que se hiciera a los sobrinos un legado de liras 70.000, consistente en una finca gravada con una hipoteca de 28.000.

Al poco tiempo de hecho este testamento, murió el cándido testador con la agravante de haber acaecido su muerte al poco rato de comer unos peces que le había enviado el cura, siendo tachado por el rumor público de envenenador del difunto. Apenas expiró éste se presentó el cura, acompañado de tres sobrinos suyos, arrojando a la familia a la calle, y ordenando se pusieran los sellos en las habitaciones.

Se enteró el pueblo de estos atropellos y ya era hora y se amotina cercando la casa, y lanzando gritos y apóstrofes contra el clérigo usufructuario de mujeres y haciendas. El motín toma caracteres alarmantes; pero el cura no se intimida fácilmente, y armándose él y sus sobrinos con escopetas disparan sobre la multitud desprevenida y caen al suelo muertos y heridos. Acuden las autoridades y los *carabinieri* y hacen numerosas detenciones llevando a la cárcel a numerosos manifestantes, mientras el cura aparece protestando de que se le quiere atropellar, de que él no ha disparado, y de que está en su legítimo derecho aceptando una herencia que es suya *legalmente*. La exasperación en el pueblo es grande, y los diarios italianos expresan su temor de que acontezca una catástrofe. No, no pasará nada: el cura se incautará de la herencia; la familia se quedará en la miseria, y continuará solazándose con las más bellas y garridas feligresas del pueblo, porque en Italia, como en España, como en todas partes donde el clericalismo es el amo, la ley y la justicia no rigen para el cura.

FRAY GERUNDIO

¡Esos jesuitas!

Viven todavía en el año 1000, con toda la sosería cultural de la Edad Media.

Como prueba de ello, y prueba que rompe los ojos, damos un recorte de un diario montevidiano del 10 del mes en curso.

Siempre a las vueltas con María Inmaculada, con el Santísimo Sacramento, con el Sagrado Corazón. Nutren a la majada con el *pan de las fuentes*, con *escogidos motetes*, con *fervorines*, con medallitas.

Léase el suelto, que parece cosa para muñecas, que tiene sabor de jarabe empalagoso, que es literatura para sietemesinos intelectuales:

«Antes de aver se celebraron en todos

los templos de la capital, solemnes cultos en honor de María Inmaculada.

Donde la fiesta revistió mayor importancia, fué en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús (Seminario).

En la misa de 8 a. m., que fué oficiada por el Rector del seminario, reverendo padre José Llusá, se acercaron por primera vez a la Sagrada Mesa a recibir el pan de los fuertes más de 300 niños y niñas.

Durante la misa cantó escogidos motetes el coro del catecismo.

Dirigió a los niños un elocuente fervorín el R. P. Enrique Mainen (S. J.)

Terminada la misa todos los comulgantes cantaron el «Himno Popular Católico», obsequiándolos después el reverendo padre Cendra, director de la Catequística, con unas medallas, recuerdos de aquel emocionante acto de fe.

De tarde a las 5 se volvieron a reunir los niños en el Seminario, donde renovaron las promesas del bautismo y se consagraron a María Inmaculada.

Acto seguido tuvo lugar la bendición de un rico estandarte de las Hijas de María y una recepción de congregantes.

Terminóse la espléndida fiesta con la bendición solemne del Santísimo Sacramento.»

¿Cómo admirarse, una vez leído esto, de que el clericalismo uruguayo sea en este país la última carta de la baraja en lo político, en lo intelectual, en lo científico?

Con niños preparados así, con adolescentes calentados en la congregación de San Luis, con jóvenes de uno y otro sexo educados en las prácticas de las asociaciones que tributan cultos especiales al Corazón de María, al de Jesús, a San Antonio, a San Expedito, a cien otros simbolismos del género tonto, justo es é inevitable que tan pronto salen los católicos a la plaza pública se hundan en el mayor de los ridículos y despierten la compasión hasta de sus propios adversarios.

Las elecciones últimas no nos dejarán mentir. ¡Ni 500 votos, en un país del que decían hace poco aún que es católico en su inmensa mayoría!

Y así tiene que ser, y así será mientras esa pobre gente esté subyugada a la influencia del jesuita, fraile el más retrógrado y el más ignorante de cuantos cobija en su seno la sociedad moderna.

El Libre Pensamiento.

Montevideo.

Párrafos sueltos

El trabajo es la vida misma, la vida en su continuo trabajo de las fuerzas químicas y mecánicas. Desde el primer átomo que se puso en movimiento para unirse a los átomos cercanos, la gran labor creadora no ha cesado, y esta creación que continúa, que continuará siempre, es como la tarea misma de la eternidad, la obra universal a que venimos todos a traer nuestra piedra. El universo no es

un inmenso taller en que jamás se huelga; en que los infinitamente pequeños hacen cada día una gigantesca labor, en que la materia obra, fabrica, engendra sin descanso, desde los simples fermentos hasta las criaturas más perfectas? Los campos que se cubren de mieses, trabajan; los bosques, en su pausado crecimiento, trabajan; los ríos, corriendo en el fondo de los valles, trabajan; los mares, haciendo rodar sus olas de uno en otro continente, trabajan; los mundos, que son llevados por el ritmo de la gravitación á través de lo infinito, trabajan. No hay un sér, no hay una cosa que pueda inmovilizarse en la ociosidad; todo va arrastrado, atado á su tarea, obligado á poner su parte en el común empeño. Quien quiera que no trabaja desaparece por eso mismo, rechazado como estorbo inútil, y ha de ceder el puesto al trabajador necesario, indispensable. Tal es la única ley de la vida; que no es en suma, más que la materia trabajando, una fuerza en perpetua actividad, el dios de todas las religiones, para la obra final de la dicha, cuya imperiosa necesidad llevamos en nosotros.....

¡Y qué admirable regulador es el trabajo, qué orden trae consigo donde quiera que reinal! ¡Es la paz, la alegría, como es la salud! Me siento confundido cuando le veo despreciado, envilecido, mirado como un castigo y una vergüenza. Si me salvó de la muerte segura, me ha dado además todo lo que hay en mí de bueno; me ha devuelto una inteligencia y una nobleza. ¡Y qué admirable organizador es; cómo regula las facultades de la inteligencia, el juego de los músculos, el papel de cada grupo en una multitud de trabajadores! Por sí solo sería una constitución política, una policía humana, una razón de ser social. Sólo nacemos para la colmena; no trae más cada uno que su esfuerzo de un instante; no podemos explicar la necesidad de nuestra vida, sino por que la naturaleza ha menester un obrero más para su obra. Toda otra explicación es orgullosa y falsa. Las vidas individuales parecen sacrificadas á la vida universal de los mundos faturos. No hay felicidad posible, si no se pone en la felicidad solidaria de la eterna labor común. Por eso yo quisiera que al fin se fundara la religión del trabajo, el hosanna al trabajo salvador, la verdad única, la salud, la alegría, la paz soberana.

EMILIO ZOLA

Cuentas de Rosario

I

Don Justo Vela y Monago, de ser perfecto varón tuvo fama entre la gente que supone honrar á Dios no sabiendo de la iglesia y profesando adversión á lo que de liberal tenga ligero color.

De un arzobispo, su abuelo, nuestro Don Justo heredó un magnífico rosario, que era la acumulación del arte y de la riqueza, cual nunca se imaginó.

Las cuentas del tal rosario que eran de tamaño atroz, las formaban esmeraldas, rubís de bello color, amatistas y granates, diamantes y un corindón, que aseguran los peritos que otro mejor no se vió.

Cada *dies*, era una perla de extraordinario valor por su oriente y su tamaño, dignas de la exhibición en el tocado de Venus ó en la corona de un Dios.

Para engarzar tales cuentas el artífice, su amor al arte prodigó tanto, que el engarce resultó bella y sutil filigrana de sublime perfección.

El beatífico Don Justo que era un solemne farol, su gran rosario exhibía con cualesquiera ocasión en la calle y en el templo, y por ello se extendió la fama de tal alhaja, de Madrid hasta Moscou, y así la gente beata que es curiosa con pasión, observó con gran sorpresa que el buen Don Justo cambió por un rosario sencillito el soberbio que heredó, y al punto le interrogaron sobre tal sustitución.

A tal pregunta, Don Justo solícito respondió, que hallándose un día rezando se le había roto el cordón de su rosario famoso, y en el suelo contempló de las admirables cuentas la soberbia colección.

«Gracias, añadió, que en casa el tal caso sucedió. Y para evitar que tenga, el lance repetición, en una cajita guardo y custodio en mi *buró* las cuentas de ese rosario que diéronme un susto atroz.

II

Después de pasado un año el buen Don Justo murió, dejando á su parentela su tremendo fortunón, menos el rico rosario, que generoso legó para que rifado fuera sin ninguna distinción, entre todos los conventos que hay en Madrid y en redor.

Los albaceas convocaron á la representación, de las monjas y los frailes en casa del testador,

para descubrir la alhaja encerrada en el *buró* y proceder al sorteo como el difunto ordenó.

Todos, todos acudieron, y era de ver la ambición retratada en el semblante de tanto y tanto varón, de pescar la rica prenda para su corporación.

Llegó el momento solemne y un albacea, del *buró* sacó papeles, legajos, libros y una gran porción de paquetes y de objetos de más ó menos valor.

Cuando los ánimos llegan al máximun de tensión, saca ufano una cajita del fondo de un gran cajón, la cual tenía este rótulo que la asamblea leyó: LAS CUENTAS DE MI ROSARIO.

Creció aquí la expectación de tan terrible manera, que al albacea arrolló la turba de frailes, curas y beatas, que al olor de la herencia de Don Justo ansiosa se congregó.

Por fin el orden se impuso y la cajita se abrió, y vieron los congregados con verdadero terror que en su seno sólo había de papeles gran porción, que con estupor de todos el albacea leyó, resultando que eran cuentas de alhajas de gran valor, de sombreros costosísimos, de telas de confección, de abonos en los teatros, de corsés de lo mejor, de zapateros de moda, de la compra de un *landó* de perfumes exquisitos y de cuanto se inventó para hacer de una mujer objeto de ostentación.

El efecto producido por camelo tan atroz, se la puede figurar sin gran esfuerzo el lector y mucho más, cuando un fraile muy astuto, averiguó que las cuentas del rosario Don Justo se las vendió á un joyero parisién por muy cerca de un millón; cantidad que gastó alegre con Rosario Castelló, la muchacha mas barbiana que en Madrid se paseó, por su belleza, su gracia y su trato encantador. ¡Muy bien procedió Don Justo; igual hubiera hecho yo!

LUCAS PUENTE

Un cura de aldea pide á un chicuelo que le indique el camino para ir á visitar un parroquiano. El muchacho lo hace y lo acompaña hasta la casa.

Agradecido el sacerdote, le dice al chico:

—En recompensa á tu atención, hijo mío, te enseñaré el camino del cielo.

El niño le contesta:

—¿Cómo se las va usted á arreglar para enseñarme ese camino, cuando ni siquiera sabe el de la casa de sus feligreses?

Algunos datos

Los mineros y el salario mínimo

El salario mínimo beneficia á la clase trabajadora é importa mucho que ese salario lo determine una ley.

Que es de imprescindible necesidad la fijación de un salario mínimo no se le esconde á nadie, ni aun á aquellos interesados en las ganancias líquidas de una Empresa cualquiera.

Todos convienen en que el salario que hoy perciben los mineros no es suficiente á cubrir las más apremiantes necesidades de la vida; pero por sí á alguien le quedara duda respecto á este extremo, conviene que pase la vista por estos datos numéricos, fieles reveladores del estado de pauperismo á que forzosamente ha de conducir la vil limosta otorgada á los mineros en calidad de salario.

El tipo medio de la familia consta de cinco individuos. El salario medio, de tres pesetas por día de trabajo. Supongamos que trabaja al año trescientos días, y veremos que el salario medio diario es de 2,45 pesetas.

Hagamos ahora la distribución de tan saneado ingreso.

	Pesetas.
Para habitación	0,50
— pan. Las tres comidas	0,80
— luz	0,10
— carbón	0,15
— café del desayuno	0,10
— azúcar ídem	0,15
— legumbres del cocido	0,20
— tocino ó fajas: jo ídem	0,20
— patatas para la cena	0,15
— bacalao ídem	0,30
— jabón	0,10
TOTAL	2,75

Como se ve, estos números dicen claramente que la familia minera no puede vivir con el mezquino salario que hoy padece.

Los anteriores números dicen: que tendrá que trabajar todos los días hábiles; que no podrá estar enfermo, porque no podría pagar médico ni botica; que no comerá carne en su vida; que deberá andar desnudo y descalzo perpetuamente, que no probará el vino, ni licores, ni comerá pescados aun *vegetando* cerca del mar; que no podrá pagar la enseñanza de sus hijos; que no podrá dar expansión al espíritu, los libros le estarán vedados, los teatros los tendrá cerrados, y después de todas estas privaciones quedará empeñado en 30 céntimos día-

rios única herencia que, en unión del famellismo y la tuberculosis, legará á sus generaciones venideras.

¿Es mucho que en situación tan precaria pidan que el mínimo del salario sea fijado en cuatro pesetas? No. Gran injusticia representa hoy la forma en que se efectúa la producción; pero con ser esta grande, aun es mayor la de repartir los productos.

Y cuando esto sucede, cuando los desposeídos, hartos de vocear sus amarguras en el espacio inmenso del vacío, reclaman algo que mitigue sus pesares; cuando llenos de indignación se deciden á exigir por la fuerza de la organización lo que no pudieron arrancar por la fuerza de las lágrimas y los lamentos aislados, se les sale al paso diciendo que son impacientes y revoltosos...

El mayor de los sarcasmos es el llamar impacientes á hombres que sólo pueden destinar para cada miembro de su familia diez céntimos y treinta y tres milésimas para el desayuno. Trece treinta y tres ídem para el *banquete* del mediodía, y catorce y treinta y tres para la colación *obispa*l de la noche.

El Liberal

Bilbao.

CURIOSIDADES

El calendario

Tiene el calendario curiosidades poco conocidas; he aquí algunas de ellas:

Ningún siglo puede empezar en miércoles, viernes ni sábado.

El mes de Octubre principia siempre en el mismo día de la semana que Enero; Abril, en el mismo de la semana que Julio; Diciembre, en el mismo día que Septiembre; Febrero, Marzo y Noviembre, comienzan en el mismo día de la semana, mientras que Mayo, Junio y Agosto, principian en días distintos de los demás meses del año.

Estas reglas no tienen aplicación á los años bisieptos.

El año ordinario termina siempre en el mismo día de semana con que principió.

Por último, los años se repiten, es decir, tienen el mismo calendario cada 28.

Sin perjuicio de esta regla fija, suelen repetirse también por periodos de once, once y seis años: total, veintiocho.

La moral y la religión

Me propongo ir demostrando poco á poco, con documentos irrecusables, que las épocas en que mayor exaltación religiosa hubo en España, fueron las más inmorales.

Hay que contrarrestar la propaganda de los que sostienen que no hay moral sin religión, demostrando á la vez que las religiones todas estuvieron siempre en la práctica divorciadas de la moral.

Para no perder tiempo en poner por orden cronológico las demostraciones, irán saliendo á capricho.

De la Edad Media dice Suarez Casañ en uno de sus tratados:

«Los señores feudales tenían derecho sobre las primicias de sus vasallos y en medio de sus costumbres caballerescas, por una de esas contradicciones de la época, se entregaban al mismo tiempo al más desenfrenado y criminal libertinaje.

Las cruzadas, tan ricas en hechos heroicos, fueron, por otra parte, una serie no interrumpida de impureza y pillaje.

Las costumbres de aquellos señores, serían suficientes para llenar un libro que hiciera palidecer.

El ejemplo de los grandes y de los encargados de predicar la moral y la virtud debió ejercer y ejerció, perniciosa influencia en el pueblo.»

El P. Lacordaire escribe en *Vida de Santo Domingo*:

«El interior de la Iglesia no se presentaba menos triste. En vano se esforzó san Bernardo por el restablecimiento de la sana disciplina, pues sus desvelos sirvieron de poco contra el desenfreno de la simonía, del fausto y de la avaricia en el clero; el origen de todos estos males, que con tanta elocuencia pintó el mismo san Bernardo, eran las riquezas de la Iglesia, objeto de la universal codicia. A las violentas investiduras, obra del cayado y del anillo, había sucedido una usurpación sor-da, una miserable y rastrera simonía...»

... «en vez de los santos herederos de los santos, vemos aparecer solamente en ellos al pobre que desea ser rico, al rico que quiere llegar á ser poderoso, á las almas vulgares que ni siquiera conocen sus deseos. Manos que nos han bendecido una intención pura, se apoderan con amaños del báculo episcopal ó abacial, etc.»

He aquí algo de lo que decía en el siglo xv, Lucio Maríneo:

«Defendiendo el rey D. Fernando y la reina D.^a Isabel sus reynos de dos grandes exércitos de Portugal y Francia, cruelmente fatigadas muchas ciudades y pueblos de España de muchos y crueles ladrones, de homicidas, de robadores, de sacrilegos, de adúlteros, de infinitos insultos, y de todo género de delinquentes. Y no podían defender sus patrimonios y haciendas de éstos, que ni temían á Dios ni al Rey, nin tenían seguras sus hijas ni mujeres, porque había mucha gran multitud de malos hombres. Algunos dellos menospreciando las leyes divinas y humanas usurpaban todas las justicias. Otros dados al vientre y al sueño forzaban notoriamente casadas, vírgenes y monjas, y hacían otros excesos carnales. Otros cruelmente salteaban, robaban y mataban á caminantes mercaderes y á hombres que yban a ferias. Otros que tenían mayores fuerzas y mayor locura ocupaban posesiones de lugares y fortalezas de la corona Real, y saliendo de allí con violencia robaban los campos de los comarcanos; y no solamente los ganados, mas todos los bienes que podían aver. Ansi mesmo captivaban á muchas personas, las que sus parientes rescataban, no con menos dineros que si las ovieran captivado moros, ó otras

gentes bárbaras enemigas de nuestra sancta fe.»

He aquí lo que Pedro de Blois escribía al cardenal Octaviano:

«¡Oh vana gloria! ¡oh ciega ambición! ¡oh sed insaciable de los honores mundanos! ¡oh deseo de las dignidades, que es el gusano roedor de los corazones, y el naufragio de las almas! ¿De dónde nos ha venido esta peste? ¿Cómo se ha alentado esa execrable presunción que impele á solicitar dignidades á los indignos, tanto más empeñados en obtenerlos cuanto menos lo merecen? Por todas las puertas, sin cuidarse de su alma ni de su cuerpo, precipítanse los insensatos sobre la cátedra pastoral, convertida para ellos en cátedra emponzoñada y para todos en cátedra de perdición.»

Lafuente, en el discurso preliminar á su *Historia general de España*, dice refiriéndose á época anterior:

«La degradación del trono, la impureza de la privanza, la insolencia de los grandes, la relajación del clero, el estrago de la moral pública, el encono de los bandos y el desbordamiento de las pasiones llegan al más alto punto en el reinado del cuarto Enrique de Castilla. Los castillos de los grandes se convierten en cuevas de ladrones; los indefensos pasajeros son robados en los caminos, y el fruto de las rapiñas se vende impunemente en las plazas públicas de las ciudades; un arzobispo es arrojado de su silla en un tumulto popular por atentar contra el honor de una recién desposada, y otro arzobispo capitanea una tropa de rebeldes para derribar al monarca y sentar á su hermano en el solio. En el campo de Avila se hace un burlesco y extravagante simulacro de destronamiento, ignominioso espectáculo y ceremonia cómica, en que un prelado turbulento y altivo, á la cabeza de unos nobles ambiciosos y soberbios, se entretienen en despojar de las insignias reales la estatua de su soberano, y en arrojar al suelo, entre los gritos de la multitud, cetro, diadema, manto y espada, y en poner el pie sobre la imagen misma del que había tenido la imprudente debilidad de colmarlo de mercedes.»

Dice D. Antonio Cánovas del Castillo en su libro *Decadencia de España*, hablando de la época de Felipe IV:

«Pero mientras aquel temible censor (Quevedo) pagaba sus justas libertades, la corte, los magistrados y los funcionarios de todo género, acrecentaban sus desórdenes, y al compás de ellos hervía España y principalmente Madrid, en riñas, robos y asesinatos. Pagábanse aquí muertes, y ejercitábase notoriamente el oficio de matador; violábanse los conventos, saqueábanse las iglesias, galanteábanse en público monjas ni más ni menos que mujeres particulares, eran diarios los desafíos, y las riñas y asesinatos y venganzas. Léense en los libros de la época continuas y horrendas tragedias... Tal caballero rezando á la puerta de una iglesia era acometido de asesinos, robado y muerto; tal otro llevaba á confesar á su mujer para quitarle al día siguiente la vida y que no se perdiera el alma...; éste, acometido de facinerosos en la calle, se acogía debajo del palio del Santísimo, y allí mismo era muerto; el otro no despertaba de noche

sin sentir puñaladas en su almohada; y era que su propio ayo le erraba golpes mortales disparados por leve reprensión ú ofensa... En quince días hubo en Madrid solo, ciento diez muertos de hombres y mujeres, muchas en personas principales...»

En el siglo XVI se celebró el famoso Concilio de Trento, estando la Inquisición en todo su apogeo, siendo las creencias religiosas firmes, sólidas, arraigadas, y no habiendo ni una escuela laica para muestra:

En la sesión XXV, prohíbe el Concilio á los Obispos el que procuren de modo alguno enriquecer á sus parientes ni familiares con las rentas de la Iglesia; pues los cánones de los Apóstoles prohíben que se dená parientes las cosas eclesiásticas cuyo dueño propio es Dios: pero si sus parientes fuesen pobres, repártanles como á pobres, y no distraigan ni disipen por amor de ellos los bienes de la Iglesia. Por el contrario, el santo Concilio les amonesta con cuanta eficacia puede, que se elviden en teramente de esta humana afición á hermanos, sobrinos y parientes carnales, de que resulta en la Iglesia un numeroso seminario de males», etc.

«Así como es injusto quitar los derechos legítimos de los patronatos, y violar las piadosas voluntades que tuvieron los fieles al establecerlos, del mismo modo no debe permitirse con este pretexto, que se reduzcan á servidumbre los beneficios eclesiásticos, como con imprudencia los reducen muchos, etc.»

«Quan torpe sea, y que cosa tan indigna de los clérigos, que se han dedicado al culto divino, vivir en impura torpeza, y en obscuro concubinato, bastando lo manifiesta el mismo hecho, con el general escándalo de todos los fieles, y la misma infamia del cuerpo clerical, etc.»

(Continuad)

CHASCO GRACIOSO

A la casa de un beato acaudalado de Olmedo (Valladolid) llegaron dos venerables padres dominicos, pertenecientes al vecino convento de La Mejorada.

Los santos varones, que marchaban en piadosa peregrinación á no sé donde, solicitaron del dueño permiso para pernoctar en la casa, cosa á que él accedió inmediatamente creyéndose muy honrado, y regalando además á los frailes con una buena cena.

Ya de sobremesa, y habiéndose retirado á descansar toda la familia, quedaron solos en el comedor el beato y los frailes, satisfecho él de haber cumplido con tantas personas las obras de misericordia que aconsejan dar de comer al hambriento y posada al peregrino: y ellos pagándole en oraciones que masculaban con gran fervor, aplicándolas, sin duda, por el eterno descanso de los muertos de su bienhechor.

De pronto los frailes se levantan á la vez llevando rápidamente sus manos bajo los hábitos; y cuando el beato esperaba verlas salir llenas de rosarios benditos

y reliquias sagradas, aparecieron empuñando sendos revólvers de grueso calibre.

Mira espantado los relucientes cañones que le apuntaban á la cabeza, y escucha horrorizado, cómo los siervos de Dios le piden miles de duros en diferente tono del que suelen emplear los auténticos cuando van á lo mismo; pues no le amenazaban con el fuego del infierno, sino con levantarle interinamente la tapa de los sesos.

Maldiciendo la hora en que se le ocurrió alojar frailes en su casa, hubo de obedecer, y entrególes el dinero que tenía.

Y los frailes, una vez conseguido su objeto, y sin dejar de apuntar con los revólvers á su desgraciado anfitrión, le obligaron á que les acompañase hasta un pinar en las afueras del pueblo, donde se despojaron de sus hábitos y partieron como balas, jinetes en caballos que tenían preparados al efecto.

Sirva esto de saludable escarmiento á todos los que tengan el mal gusto de admitir frailes en su casa; y en cuanto llame á sus puertas uno, pidan inmediatamente auxilio á la Guardia civil, y si en la población no la hubiere, al alcalde, para que lo metan en chirrona bajo su responsabilidad, por lo menos hasta que se averigüe con toda certeza si es fraile ó si es bandido.

Aunque lo mejor será, por aquello de que en la duda abstente, romper desde luego las relaciones con los frailes, puesto que, si bien por procedimientos menos ejecutivos, suelen ir á las casas con la misma intención que los falsificados; esto es, á ver lo que buenamente pueden agenciarse.

Y dicho esto, creo que á nadie que me conozca se le ocurrirá pensar que estoy indignado por el desbalijamiento de ese beato de Olmedo, sino todo lo contrario.

La cruz de Cristo Sobre el pueblo español

Del número y clases de clérigos seculares

TEXTO DE D. MIGUEL MORAYTA
NOTAS DE PEY ORDEIX

(Continuación)

Más presbíteros.—El cayado del obispo no llega á todos los eclesiásticos: no alcanza al clero de la Real Capilla, constituido por un procapellán mayor; 15 capellanes de honor numerarios, 7 capellanes de altar y coro y 3 sacerdotes de la capilla de música, ó sean 26 eclesiásticos, destinados exclusivamente al servicio religioso personal de los monarcas.

No creo sometidos al obispo, ni aun por fórmula, á los cuatro prelados dimisionarios de Manila, Faro, Nueva Cáceres y Cebú; ya las Filipinas de los Estados Unidos, alguno de ellos prorrogó su autoridad, colocándose así en la posición de servidor de los yanquis; pero los españoles, benéficos siempre, en lugar de castigarle, según se hizo con algunos magistrados de

Puerto Rico, declarándole traidor á la patria, aseguró á todos un pasar desahogado; 10.000 pesetas anuales. (e)

Hojeando la cuenta de los *Gastos del Estado*, se nota que todos los departamentos ministeriales atienden con alguna partida al clero; su importe aparece especificado, pero no siempre el número de quienes se les reparten; he aquí cuanto sobre el particular pude recoger:

Ministerio de Gracia y Justicia.—En los capítulos correspondientes á las *Obligaciones civiles*, distintas de las *Obligaciones eclesiásticas*, aparecen 53 capellanes de presidio y 93 hijas de la Caridad.

Ministerio de Estado.—Subviene al Tribunal de la Rota, compuesto de 8 auditores y un fiscal, y al nuncio, y á un asesor y un abreviador, pagados por el trabajo de auxiliar á éste en sus funciones; á un rector, 4 capellanes mayores, 4 menores, un maestro de ceremonias, sacristán y organista de la iglesia de San Francisco el Grande, y á no sé cuántos religiosos encargados de diferentes servicios de Jerusalem. (f)

(e) En el clero no hay jubilaciones más que para los obispos, que se jubilan cuando quieren y como quieren, con *cuarenta mil reales* de retiro. Como se ve, es la carrera más protegida del Estado. El Papa y la Monarquía pusieron mucho cuidado en tenerlos contentos, satisfechos y calladitos.

Se ha oído decir de generales que se metieron frailes: de reyes que entraron monjes: nunca se oyó decir de un Papa que se volviese hereje, ni de un obispo que se haya metido á carpintero ó herrero etc. Debe ser la gracia de los *cuarenta mil* del ala.

En esta nota correspondería la lista de los haberes de soldados de las guerras de Cuba y Filipinas que están sin liquidar; y á su lado las listas de cuentas corrientes de los frailes filipinos en los bancos, y entre ambas, la lista de los muertos y lisiados de aquellas guerras.

Y para complemento, las negociaciones de los jesuitas con los Yanquis, antes y después de ellas, acabando con el relato de la farsa de la nobleza española á San Francisco de Borja en la iglesia de los Padres. Con esto viéramos quizás que en los matrimonios entre la Iglesia y los Estados, abundan los cornudos.

(f) Estos puntos merecieran sendas y largas notas.

¿Para qué sirve el Tribunal de la Rota? Antiguamente servía para que el dinero de la nación no fuese á Roma con pretexto de litigios, y para que los jueces que fallaban los pleitos respondiesen al pueblo español con su cabeza, de la honradez de sus fallos. Los papas tenían jurado respetar como supremos estos fallos. Era una institución española envidiada de todas las naciones. Era el baluarte de la Patria contra la astucia y fraude pontificios.

¿Qué es, al presente? Uno de los mayores embrollos de nuestra administración. Si es tribunal, diganlo los demás tribunales; si es supremo, diganlo las sentencias que Roma ha casado y anulado y contradicho y que están incumplidas ó cumplidas al revés. Si es garantía de la nación, dígalos el Parlamento, al cual ningún magistrado de la Rota ha denunciado las susodichas intrusiones de Roma. De su justicia, hablen los abogados que á sus estrados acuden...

¿Qué es, pues, en definitiva?... ¡Misterio! Quizás nos dijese algo los testamentos de los auditores y oficinistas, que entran allí pobres y salen ricos. Al revés del pueblo que emigra, que de rico se hace pobre.

Es, pues, una mina, como las de Riotinto, Almadén, etc.

Pues, tocante á lo de los frailes de Jerusa-

Ministerio de la Guerra.—El clero castrense consta de un provicario general y de 248 capellanes, equiparados á los empleos del ejército, á partir de coronel, y son: 8 tenientes vicarios, 11 capellanes mayores, 62 capellanes primeros y 151 subalternos; el *Anuario eclesiástico* consigna que este personal y el de reemplazo suman 330 capellanes. Atiende también á un párroco de La Línea, á 4 sacristanes de Cádiz, Barcelona, El Ferrol é Isla Cabrera.

Ministerio de Marina.—El gasto inmenso que exigiría asignar un capellán á cada uno de los barcos, obliga á que le lleven sólo los grandes y no los pequeños, cual si en éstos no hubiera moribundos á quienes auxiliar y católicos á quienes asistir, lo cual recuerda disposiciones anteriores á la Gloriosa de Septiembre, por cuya virtud se exigían á los médicos de pueblos de corto vecindario menos años de estudio de los que debían hacer quienes asistían en las grandes poblaciones, como si en unas y otras no se dieran las mismas enfermedades.

Para servir en los arsenales y en los barcos, el ministerio de Marina paga un vicario, 4 tenientes vicarios, 4 curas de departamentos, 5 capellanes mayores, 15 primeros, 23 segundos y 8 aspirantes; tiene á sueldo, además, sochantres, sacristanes, organistas y 60 monaguillos. (g)

Ministerio de la Gobernación.—Quizá

lón, es cosa no menos divertida. Poseo un extenso relato de un fraile que estuvo allá algunos años y se volvió escandalizado y horrorizado de lo allí visto y oído.

Pero, frailerías aparte, eso de Jerusalén se presta á varios comentarios políticos, ahora que el Vaticano parece tener en subasta el *Patronato* de Tierra Santa.

Este Patronato fué antiguamente usurpado á España. Al separarse en Francia la Iglesia y el Estado, creóse que el Papa ha restituido el patronato aquél á la Nación católica, de cuyo monarca es padrino de pila?

Ni por pienso. A cualquiera parece dispuesto á cederlo, menos á la *Nación católica*.

Por donde se va viendo que entre la Rota y los Santos Lugares, España paga un puñado de onzas, sacadas á viva fuerza del pellejo del contribuyente, para... criar cuervos...

En Jerusalén murió Cristo. Pues, lo que es en San Francisco el Grande, nadie lo dijera... Nadie dijera que el Dios allí encerrado, hubiera sido vendido por treinta miserables monedas.

(g) De este clero de guerra y marina, debería decirse algo que aquí no cabe. Es una especie de clero prófugo de la autoridad de los obispos y del Papa, contra el cual papa y obispos tienen gran ojeriza, reputándole como aseglarado, mundano y falto de virtudes.

Todo lo cual no empece que los Jesuitas hayan echado el ojo á este género de ministerio que están codiciando, claro está que con el único fin de servir á la patria, de santificar los soldados, y de pase, informar al general del Instituto de lo que le convenga conocer para el bien de la Compañía en Francia, Estados Unidos y otras partes.

A este efecto el P. Lacaze hizo saber al Senado que los primeros jesuitas fueron excelentes capellanes castrenses de los ejércitos españoles; pero se olvidó hacer constar que mientras el P. Robadilla iba con los españoles, el P. Cáceres iba con los franceses é ingleses vendiéndose como espía. San Ignacio, desde Roma, estaba en correspondencia con Cáceres y Robadilla y al habla con los embajadores y agentes de españoles, ingleses y franceses. ¿Comprendes, lector, el ministerio?

existía un escalafón de los eclesiásticos él adscrito, yo no le conozco y encuéntrome así obligado á recoger estas menudencias.

Prestan sus servicios en este ministerio: 3 capellanes y 36 hijas de la Caridad en el hospital de la Princesa.—Uno y 30 respectivamente, en el de Jesús Nazareno.—Uno y 16 en el Manicomio de Santa Isabel, en Leganés.—Uno y 5 en el colegio de ciegos de Santa Catalina.—Uno y 14 en el de niñas de La Unión.—Uno y 11 en el asilo de Inválidos del Trabajo.—Uno y 10 en el hospital del Rey, de Toledo.—Uno y 11 en el Instituto Oftálmico.—Uno en el lazareto de Vigo, y uno en el de Mahón.—Uno en el 14.º tercio de la Guardia civil, y 64 adscritos á las cárceles y presidios, ó sea, en junto, 77 capellanes. No consta el número de hijas de la Caridad de algunos de estos establecimientos. (h)

Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.—Nada costaría, y ello facilitaría mucho su inteligencia, formar, como se hace en Guerra, un escalafón de los empleados de cada servicio; colocarle al frente del presupuesto de cada servicio; colocarle al frente del presupuesto del ministerio respectivo y expresar cuántos de éstos se hallan afectos á cada negociado; esto evitaría el trabajo de registrar, para enterarse, de cada una de las miles de partidas de cada departamento.

En este ministerio hay empleados bastantes eclesiásticos; yo he topado con lo siguiente: un capellán del colegio de Sordomudos; 2 de la Escuela Superior de Palma; 2 de la de Madrid; 2 del hospital Clínico; uno de la Universidad de Sevilla y 57 encargados de la asignatura de religión en los institutos: en junto, 65. (i)

Ministerio de Fomento.—Por la naturaleza de los negocios que en él se tramitan no se explica la intervención de los eclesiásticos en él; sin duda, para impedir resultase una excepción, la *Granja escuela práctica de agricultura central* ó de Castilla la Nueva, disfruta de un capellán; ¿qué relación existirá entre los servicios eclesiásticos y los trabajos de práctica de agricultura? (j)

(h) Parece natural que el Ministro de Instrucción Pública fuese el jefe de la Enseñanza de los seminarios, noviciados, colegios etc, etc, y pudiera revisar si las obras de texto están conformes á las regalías concordadas y á la moral pública; si los profesores y maestros son ó no competentes; si los exámenes y grados van como deben... Pero, no: el ministerio de Instrucción Pública, tiene el ministerio de pagar... pagar siempre, sin saber lo que paga y sin derecho á examinar lo que paga. ¡Lindísimo ministerio ese!

El señor Morayta formula una bien extraña pregunta. ¿Qué tiene que ver la agricultura con la Iglesia?...

Respuestas. 1.ª Dice Cristo en el Evangelio: «Mi Padre es agricultor...»

2.ª La Iglesia es la mayor terrateniente de España.

3.ª La Iglesia, según el Evangelio, es una viña.

Unos son los que la cultivan y abonan: v. gr: el pueblo: otros son los veddiadores v. gr: el clero.

4.ª La Iglesia es una «grey». Borregos son los fieles: pastores y rabadanes, los Prelados y párrocos.

¿Quiere más, el señor Morayta?

En las obras de Misericordia del Catolicismo, hallanse las de visitar enfermos y encarcelados. El Nuncio de Su Santidad, los obispos, los frailes, y demás, nos juran

Total.—Suman todos estos eclesiásticos, independientes de la autoridad episcopal, 639, cuyo número, adicionado al de los sometidos á ella, pone fuera de cuestión la existencia de los 40.000 seculares, más que menos.

Complemento.—Completan el Estado eclesiástico una multitud de gentes no ordenadas, pero cuya enumeración á la ligera no está de más.

Son los seminarios 3 más que la diócesis y no 4, por no haberle en Ceuta ni en Barbastro; tienen 1.047 profesores y 19.648 matriculados; en el de Ciudad Rodrigo explican 23 profesores á 14 alumnos; en el de Jaén 13 á 22, y así en otros. En 1888, los matriculados eran 18.337, y en 1852, 16.117; la carrera de cura decae tanto como prospera la de frailes.

Cada uno de los 795 conventos concordados tienen su respectivo sacristán y su organista, pero si no los sacristanes de monjas, algunos son ordenados y todos súbditos de la Iglesia.

(Continuad)

sobre la Hostia consagrada, que ellos traen la misión de mantener vivas estas obras de Misericordia. Y sin embargo, cuentan por ahí, que á tales apóstoles se les ve en banquetes, soirées, paseos públicos, fiestas, bodas, etc. etc: no hay damisela que no los conozca. En cambio ¿cuántos presos y enfermos de hospital han visto á los altos representantes de Cristo? Lo más que ven es alguna hermanita y algún ourruca que están allí con sueldo fijo; y en desapareciendo el sueldo, ¡adiós, apóstoles!

De lo cual, el malicioso saca la consecuencia de que van allí, no á hacer las obras de Misericordia cristiana, sino á cobrar el sueldo pagano. Esto lo dicen los perversos: los devotos dicen lo contrario.

Un platero comparece ante un tribunal acusado de haber comprado diversas alhajas procedentes de un robo.

—Blen sabiais—dijo el presidente,—que esos objetos habían sido robados.

—Me lo figuraba,—respondió el platero sin alterarse,—y así, para no proteger el robo, las pagué con moneda falsa.

Los testamentos vulgares

—Señor cura; yo pienso dejar un legado de importancia para un hospital de leprosos.

—Señora, está muy bien; pero aún hay otra lepra peor, más contagiosa y de más urgente remedio.

—¿Cuál es?

—La de la Mala Prensa.

—¿Y cómo se cura esa lepra?

—Con la Buena Prensa.

—¿Usted me quiere decir que funde yo un periódico?

—Basta con que apoye al que exista ó á quienes traten de fundarlo.

—Y los periodistas, ¿rezarán por mi alma?

—Rezará á todas horas por usted esa buena obra.

La señora, en vez de periódico, fundó una institución, que poco después mató y robó una aprovechada Junta revolucionaria.—*Andrés Manjón*

Encuentro en *El Legionario*, Hojita carca, ese cartucho de perdigones preparado para soltárselo á las católicas que tengan mucho dinero y pocos alcances. Y firmado nada menos que por ese que los clericales nos presentan como un portento en pedagogía, y que anda también, como Calpena, á caza de un obispado.

El último párrafo pertenece al género tonto. No hay quien ignore que las instituciones benéficas son siempre robadas por los clericales.

Frailes malogrados

El Herald Gallego hace la denuncia siguiente:

«Señor ministro de Instrucción: En el partido de Bande hay maestros que apenas saben firmar, como acreditaremos, publicando su autógrafo; los hay con menos cultura que igorrotos; otros desempeñan el cargo de recaudadores de consumos, con la función docente incompatible... Me nester es que sepamos si el cargo de inspector sirve para algo más que para exhibir aparatosamente en cartulinas y membretes.»

Leyendo esto, no me extraña que la mayoría de los maestros esté supeditada á los curas, y que hayan ido recientemente tantos pedagogos analfabetos en peregrinación á Roma.

Frailes malogrados, aprovechan cuantas ocasiones se les presentan para manifestar su verdadera vocación.

Ingenioso examen sobre ciencia política

—Diga usted, señor examinando: ¿Qué es política?

—Es la ciencia que enseña á vivir del presupuesto.

—¿Qué cosa es presupuesto?

—Es el puchero nacional donde todos anhelan meter la cuchara.

—¿Cómo se divide la política?

—Se divide en partidos.

—Muy bien: ¿Puede usted decir cuántos partidos hay?

—Dos: el de los que están encima y el de los que están debajo.

—¿Cómo funcionan estos dos partidos?

—Los de abajo gritan contra los de arriba, y los de arriba aplastan á los de abajo.

—¿Suelen invertirse esas funciones?

—Sí, señor, por medio de un cambio de papeles que determinan una revolución.

—Y entonces ¿qué sucede?

—Sucede, que los que han aplastado gritan y los que han gritado aplastan.

—Perfectamente; ¿quiere usted decirme para qué sirven las revoluciones?

—Para que la cola del organismo político se convierta en cabeza y la cabeza en cola,

—¿Qué entiende usted por Patria?

—La Patria es una pobre señora, madre de una familia desunida.

—Explique usted, si le es posible, en qué consisten sus quebrantos.

—En que sus hijos, divididos por muchos rencores, pretenden salvarla los unos de los otros.

—¿Y la salvan?

—No, señor: pero la descuartizan.

—¿A quienes se da el nombre de patriotas?

—A los que dicen amar á la Patria.

—¿En qué forma suelen manifestarle su cariño?

—Sirviéndola en los destinos públicos.

—¿Y la sirven de balde?

—Nunca, que yo sepa, á juzgar por las cuentas de la Tesorería.

—Entonces ¿en qué está el mérito?

—En saber empuñar la sartén por el mango.

—¿Qué otro nombre se le da vulgarmente á esa especie de partidos?

—Se les llama también sanguijuelas del Estado, porque le chupan.

—¿Son estas muy temibles entre las plagas políticas?

—No, señor, porque se desprenden cuando están llenas. Los más temibles son los pulpos.

—¿A qué se denomina pulpos?

—A una ventosa políticamente organizada, cuya succión es interminable.

—¿Existe algún remedio para estirpar los pulpos?

—No, señor. En ocasiones se les aleja, para dar algún respiro al Fisco esqueletizado, pero siguen exprimiendo el jugo á distancia.

—¿Puede usted ponerme un ejemplo?

—No puedo, porque están prohibidas las alusiones personales.

—Pasemos entonces á otra cosas.

¿Quiere usted decirme algo de la fauna política?

—Sí, señor. Existen loros, cotorritas y papagayos que no cesan de hablar tonterías para mostrar su talento; pavos que se visten con ajenas plumas; murciélagos que se dicen aves por el vuelo, pero gastan afilados dientes; milanos de soberbias garras, que pretenden sacrificarse por amor á las palomas; buitres que siguen á la presa moribunda para devorarla en cuanto muera; gaviotas que llenan el buche con todo lo que pueden engullir; aves de rapiña, etc.

—¿Y el pueblo, á qué especie pertenece?

—El pueblo pertenece á la especie del pájaro bobo.

—Basta, hemos concluido.

El secretario:

—Aprobado por unanimidad.

S. T. RIPPER

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta

Las indulgencias

por

ROBERTO ROBERT

Como traído de la mano pareceme que parece el tratar de las indulgencias, después de haber hablado de los castigos.

No hay cosa que siente mejor que considerar la eterna bienaventuranza que en el cielo podrá caberle al hombre, imagen de Dios, después de ahorcado y descuartizado en la tierra.

Varones eminentísimos en piedad y en saber tocaron el árdua materia de las indulgencias, así plenarias como parciales, y con tal delicadeza y acierto declararon lo más recóndito de ellas, haciéndolo evidente, que no sin temor de que se me tenga por osado, me arriesgo á querer participar de la gloria que le cabe siempre al que con datos sólidos ofrece escudriñar en esta vida las relaciones que nos unen con la otra.

Algo sobre indulgencias apuntamos no ha muchos días, refiriéndonos á las que por bulas de sumos pontífices les eran otorgadas á los que en algún modo auxiliaban en sus caritativas tareas al Santo Oficio, y á caso de las más singulares hicimos mención al tratar somera, pero muy especialmente, de los Papas; pero el tema es santo y fecundo, y podría ser considerado como defecto grave el terminar el presente volumen sin que nos detuviéramos deliberadamente en lo que, mereciéndolo mucho, sólo de pasada y por incidente había movido hasta ahora nuestra pluma.

Vamos, que si bien se mataba, bien se perdonaba en aquellos tiempos, y sin regateo podía irse el bello por el coscorrón.

Acabamos de ver que los modos de matar eran muchos y muy varios; pero las ocasiones y medios de alcanzar el perdón no eran menos.

Cocer al vivo en una caldera, enterrar al vivo junto con el muerto, encerrar al vivo dentro de un cuero y hecharlo al mar: en resumen, todo el arte de acabar con la vida transitoria se apuró entonces; pero al mismo tiempo se iba ideando la traza de facilitar á todos la vida perdurable.

La ecuación resultaba perfecta: ni había acción humana que no llevara consigo su pena en esta vida, ni que careciese de su modo de ser perdonada en la otra.

De suerte que matando aquí y perdonando allí, el equilibrio se mantenía tan en su punto, que bien se dejaba conocer en el gobierno de la tierra un trasunto, aproximado todo lo posible, del gobierno del cielo.

¿Estábais viendo obrar el castigo y mecérse un hombre pendiente del dogal en la horca?

Pues acaso aún estaba pataleando su cuerpo, cuando ya su alma salía libre del purgatorio, merced al legítimo influjo de las indulgencias; y de tal suerte y con tal prontitud sucedía lo uno á lo otro, que la mezquina razón humana sólo con grande esfuerzo y algo auxiliada por la fe puede darse cuenta de ello.

Los sumos pontífices, empresarios de esa benéfica institución, han escrito con gran primor y claridad sobre la naturaleza, alcance y diversidad de sus efectos, y á los sumos pontífices han acompañado los sumos doctores de la Iglesia católica.

Porque este es un punto gravísimo que no podía dejar de ser objeto de las más doctas y piadosas plumas, y ellas correspondieron al destino que les asignara la Providencia, por lo cual está desde largo tiempo demostrado que la eficacia de las indulgencias es indubitable, como lo es el origen divino de la esclavitud comprobado por el Antiguo Testamento.

No subvenciones para ferro-carriles. sino indulgencias, pedían por su dinero los sesudos varones de otros tiempos, que poco les importaban las rebajas de precios de viaje para ir á ver tierras de herejes, y se curaban mucho de facilitarse el viaje al cielo á cualquier precio.

Y lo pagaban bien, no porque el Pontífice, empresario libre de competidores, fuese carero, sino porque de sus piadosos adentros le salía el dar todo lo de la tierra por un pie cuadrado de paraíso, y aún les venía muy ancho.

¡Qué tranquilo gozo siente el corazón leyendo á San Buenaventura, que con suma claridad discurre sobre el valor de las indulgencias!

El referido padre demuestra tan claro como la luz del mediodía que la indulgencia tiene todo el mayor precio imaginable para el que la da; es decir, que por mucho que el pecador la pague nunca llega á dar por ella su justo precio; y demuestra además, que después de pagada, no logra ventaja alguna, si no lleva consigo la buena disposición para salvarse.

De suerte que la profunda doctrina sentada por la Iglesia católica hace á dos efectos: primero, asegurar en el Pontífice el poder de remitir los pecados, inspirando así al pecador el natural deseo de pagar bien el rescate; segundo, dejar á cargo del pecador el alcanzar por sus esfuerzos el hacerse digno de ese rescate, á fin de impedir que se ensorberzca y

vaya á creer que por su dinero sólo se grangea la eterna gloria.

El mismo seráfico doctor raciocina muy atinadamente sobre los insensatos que teniendo mucho, creen alcanzar indulgencias pagándolas al mismo precio que los que tienen poco. De esto dice el doctor que es cosa de risa.

Por cierto que comentándole un sacerdote español del siglo pasado pone este ejemplo en calderilla eclesiástica.

Impugna á los engañados que creen que la indulgencia plenaria á precio fijo pueda ser un cúralo-todo de pecadores, y dice:

«Es digno de notarse, que uno de los argumentos que propone el santo contra la sentencia contraria, es seguirse de ella el absurdo de que en caso de concederse una indulgencia plenaria á los que (supuestas la confesión y comunión) *dieren cuatro ó cinco cuartos de limosna para una fábrica*, uno que tenga mil pecados, con hacer la limosna de los cuatro ó cinco cuartos, quede absuelto de toda la pena debida por sus culpas; lo cual, añade el santo doctor, no sólo es falso, más aún digno de irrisión para todo recto y prudente juicio: *quoa non tantum falsum, sed etiam irrisione dignum judicat omnis anima recta.*»

Y es patente.

Imposible parece que se haya podido creer en el absurdo de que el Papa había de poner tanta eficacia de indulgencia en los cuatro ó cinco cuartos de un rico, como en los de un menesteroso: la redención sería injusta si no se concediera proporcionalmente á los cuartos: es decir, á los medios de alcanzarla: esto es de sentido común y lo comprende el más rudo, como lo prueban á cada paso los bandidos de Grecia, Italia y España, que evitan el precio fijo, y cuando secuestran á un individuo piden por su rescate una cantidad mayor ó menor, según creen más ó menos crecido el caudal del que por sus pecados cae por su banda; ¿y lo que saben los bandidos más vulgares lo había de ignorar el jefe de la Iglesia católica?

Pero el error sobre la eficacia de las indulgencias ha sido general, y aún hace cien años andaban divididas sobre ello las opiniones: culpa no de la Iglesia, ni de los pontífices, que bien claro habían dicho: pagar é ingeniar, sino de la funesta manía de opinar, tan severa y justamente condenada siempre por la autoridad, en atención á que todo el mundo que opina puede extraviarse, y por el contrario, el que no opina nada es imposible que incurra jamás en error alguno, ni siquiera leve ni de concepto.

(Continuará)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID